

## CAPÍTULO 2

### LA VARIACIÓN SOCIOLINGÜÍSTICA. LAS VARIABLES SOCIALES

#### Variación sociolingüística

A excepción de José Carlos, Don Servando e Hipólito todos hablan con dejo y pronunciación andaluces: Estrella y Elvira, y aun Doña Lola, con el fino y gracioso acento sevillano; Pepa Juana, lo mismo, si bien con dicción más fuerte y recortada; Anita, Rocío, Silveria y Guadaira, con el suave ceceo de los pueblos de la comarca, más bien hacia Huelva que hacia Cádiz, y Paquito Rodó, con originalidad característica del andaluz cerrado.

(HNOS. ÁLVAREZ QUINTERO, *La risa*, 1934).

Queda dicho que las variables extralingüísticas, específicamente las sociales, son capaces de determinar la variación hasta donde lo permite el sistema de la lengua, y queda ilustrado cómo unas variables lingüísticas, internas, pueden incidir en la aparición de tales o cuales variantes de una variable determinada. Es, por tanto, el momento de centrarnos en las variables sociales que son capaces de determinar la variación lingüística y en el modo en que esas variables se combinan con las de índole netamente lingüística. Con otras palabras, a partir de ahora afrontaremos en su totalidad el fenómeno de la *variación sociolingüística*, definido como la alternancia de dos o más expresiones de un mismo elemento, cuando ésta no supone ningún tipo de alteración o cambio de naturaleza semántica y cuando se ve condicionada por factores lingüísticos y sociales. Pero, antes, vamos a formular un principio general relativo al uso lingüístico:

#### *Principio del uso lingüístico*

El uso lingüístico (natural) sólo puede tener lugar en contextos sociales y situacionales concretos.

Naturalmente, esto supone que el uso lingüístico, cuando es observado, siempre es observado en situaciones y contextos reales. La investigación sociolingüística ha permitido conocer que las variables sociales que influyen sobre la variación lingüística lo hacen de un modo específico en cada comunidad y respecto a fenómenos lingüísticos concretos. Aunque ya se ha explicado que hay ciertos niveles de lengua en los que cabe esperar con

más probabilidad la incidencia de factores extralingüísticos (fonética-fonología, morfología) y aunque es innegable que existen hechos lingüísticos y sociales recurrentes, en realidad no es posible conocer de antemano qué tipo de variables sociales van a actuar sobre unos elementos lingüísticos en una comunidad dada. Y esto por dos motivos: en primer lugar, porque los factores sociales actúan sobre la lengua de una forma irregular, es decir, en dos comunidades de habla diferentes la variación sociolingüística de un mismo fenómeno no tiene por qué manifestarse de la misma manera; en segundo lugar, porque los factores sociales no están configurados de forma idéntica en todas las comunidades, aunque en ellas se hablen modalidades cercanas de una misma lengua.

En efecto, los factores sociales no tienen por qué funcionar de igual manera en todas las comunidades: puede que, en un lugar, la edad tenga mayor poder de determinación sobre la lengua o sobre cualquier conducta social que el nivel cultural, que, en otro, el nivel económico provoque más diferencias lingüísticas y sociales que la edad o que, en otro, el sexo sea irrelevante. Todo esto es cierto, como lo es que una mayor complejidad social en una comunidad puede dar lugar a una mayor variación lingüística y a un uso social de la lengua más heterogéneo. Por eso las investigaciones sociolingüísticas deben ir precedidas de un análisis sociológico de la comunidad y de estudios exploratorios que permitan comprobar cuáles son las variables realmente importantes en la estructura social y cuáles son las que previsiblemente pueden influir más en el uso social de la lengua.

Generalmente, los factores sociales que muestran una mayor capacidad de influencia sobre la variación lingüística son el sexo, la edad, el nivel de instrucción, el nivel sociocultural y la etnia, entre otros que también nos han de interesar.

#### La variable social «sexo/género»

El C se pronuncia pegando un poco la lengua sobre el paladar y sobre los dientes de arriba tirando la lengua hasta los mismos dientes, porque cecear con gracia se permite a las Damas.

(AMBROSIO DE SALAZAR, *Espejo general de la gramática*, 1614)

Marco Tulio dice que en Roma para enseñar bien a los niños nobles la pureza i la propiedad de su lengua latina natural a todos, en las cosas principales daban el cuidado de su crianza a alguna matrona parienta principal: *porque en las mugeres, dice, persevera siempre i se conserva mas proprio i mas limpio el lenguaje.*

(AMBROSIO DE MORALES, *Discurso sobre la lengua castellana*, 1585)

Una de las primeras obras que la lingüística europea produjo en relación con la variable «sexo» fue publicada en 1952. Se trata del volumen que la revista *Orbis* preparó para ofrecer un estado de la cuestión de alcance mundial sobre la lengua de las mujeres (*Le langage des femmes: Enquête linguistique à l'échelle mondiale*). En lo que se refiere a la Rumania, allí aparecieron estudios de Pușcariu, Capidan, Pop, Récatas, Merio, Piccitto, Giera, Badia y Salvador. En líneas generales, los temas discutidos en aquella época fueron

dos: la conveniencia de utilizar mujeres como informantes en dialectología y el carácter arcaizante o innovador de su forma de hablar.

En relación con el primero, la idea más generalizada era que la mujer resultaba de mayor utilidad en las encuestas que los hombres (Merlo, 1952: 12-13), aunque también se hicieron juicios contrarios a éste. Acerca del arcaísmo o la innovación en el habla de las mujeres, hubo opiniones diversas. El carácter conservador es destacado en la mayor parte de los trabajos reunidos en *Orbis*; tan sólo Piccitto (1952: 14) señaló que no observaba diferencias claras, mientras que Pop (1950: 725), si en ese momento evitó dar una opinión, en otro lugar había señalado que tal vez el habla de las mujeres era más conservadora. De cualquier modo, las afirmaciones hechas en casi todos esos trabajos partían de datos bastante impresionistas e irregulares, por lo que el conservadurismo lingüístico de la mujer quedaba por demostrar (Alvar, 1973: 74).<sup>5</sup> De hecho, Gauchat había comprobado en Charmey, muchos años antes (1905), que las mujeres hacían un mayor uso que los hombres de formas lingüísticas innovadoras.

Algún tiempo más tarde, Manuel Alvar (1956), partiendo de un estudio sobre el habla de Puebla de Don Fadrique, en Andalucía, llega a la conclusión de que el arcaísmo o la innovación del habla de las mujeres no depende tanto del sexo cuanto del tipo de vida que se lleva en cada lugar. En la Puebla, los hombres ofrecían un «estado medio» de lengua, más cercano al castellano norteño y normativo, porque su movilidad les permitía relacionarse con gentes del exterior; las mujeres, en cambio, acusaban un mayor conservadurismo por tener menos contacto con hablantes de otras variedades. Sin embargo, en el territorio conocido como la «Andalucía de la e» (en la confluencia de las provincias de Sevilla, Málaga y Córdoba), las mujeres hacían uso de rasgos más innovadores que los hombres. De ahí que Alvar acabe afirmando (1973: 74):

Decir que el habla femenina es conservadora, neologista o ni una cosa u otra es, en verdad, no decir demasiado, por cuanto en su contexto social puede ser cada una de esas cosas o todas ellas, y fuera del ámbito al que pertenece no es nada.

El sexo puede mostrarse, por tanto, más como un factor de segundo orden, como algo que suele subordinarse a dimensiones sociales diferentes y con mayor poder de determinación.<sup>6</sup> Boris Cazacu (1956), por ejemplo, observó en el rumano de Meria que las diferencias de edad son más importantes que las que determina el sexo. Por otro lado, Richard Cameron ha demostrado que las diferencias lingüísticas entre hombres y mujeres no son constantes ni equidistantes a lo largo de toda la vida (Cameron, 2005).

La experiencia de la dialectología y de la geografía lingüística en el estudio de la variación lingüística es muy rica y sugerente, pero, sin duda, la mayor parte de lo que hoy sabemos acerca de la conducta lingüística de hombres y mujeres se lo debemos a la sociolingüística. Esta disciplina ha dado un gran protagonismo al factor «sexo» (o «género») y lo ha convertido en objeto de atención permanente, aunque en su seno se hayan hecho muchas afirmaciones infundadas, como las que enfrentan el habla de los hombres y de las mujeres calificando la de éstas como conservadora, insegura, sensible, solidaria y expresiva, y la de aquéllos como independiente, competitiva y jerárquica. Afortunadamente, las investigacio-

5. El estudio más elaborado fue el de G. Salvador (1952). Algunos trabajos recientes han vuelto a observar un mayor conservadurismo en el habla femenina (Elizaincín, 1976: 51; Fontanella de Weinberg (1973: 50-56).

6. A similares conclusiones llegó A. Badía (1952: 17).

nes han ido marginando poco a poco lo impresionista, lo subjetivo, para dejar su lugar a los hechos probados y a las demostraciones solventes (Wodak y Benke, 1997). Por otra parte, coincidiendo con las observaciones hechas en algunos trabajos dialectales (v.g. los de Cazacu), la sociolingüística también ha comprobado que, en un número importante de casos, son otros factores, como el nivel sociocultural o el estilo, las principales bases de la variación, lo que deja al sexo relegado a un segundo plano (Fasold, 1990: 223; Martín Zorraquino, 1993: 115-126). Ello no impide que haya estudios en los que se aprecia con claridad que el sexo tiene más capacidad de influencia sobre la lengua que otros factores, incluida la clase social: eso ocurre en el trabajo de Horvath (1984: 65) sobre el inglés de Sydney (Australia), por ejemplo. Más allá del posible peso de unos factores u otros, Richard Cameron (2005: 49) sostiene que el sexo, como categoría social, no es claramente aislable de otras categorías sociales; de hecho, la relevancia y la trascendencia de las diferencias de género no solo vienen condicionadas por otras categorías sociales, sino también por los recursos lingüísticos de los que los hablantes disponen en sus comunidades. Resulta de una singular importancia la forma en que el sexo de los hablantes se combina con el factor «edad» en la variación y cambio de numerosos elementos lingüísticos, como habrá ocasión de comprobar.

Entre los estudios sociolingüísticos preocupados por las diferencias de las hablas de hombres y mujeres destacan singularmente los de corte etnográfico. Estos estudios, realizados en su mayor parte mediante la observación directa de las interacciones comunicativas que se producen en grupos o comunidades, han permitido conocer detalles reveladores y muy interesantes de la conducta comunicativa de hombres y mujeres en lugares muy distintos. Saville-Troike, en su obra *The Ethnography of Communication* (1982), aduce una serie de ejemplos, de los que entresacamos éstos: las mujeres hablantes de algunos dialectos esquimales usan nasales sonoras en posición final [m, n, ng] mientras los hombres utilizan oclusivas sordas [p, t, k, q]; la partícula japonesa *ne* de final de oración es utilizada casi exclusivamente por las mujeres, así como el uso de ciertas interjecciones al comienzo o al final de la frase. A estos ejemplos se podrían añadir algunos de la lengua española: el uso mayoritariamente femenino en España de ciertas formas léxicas (*lila*, *monín*, *monada*, *divino*, ¡*corazón!*), de ciertos prefijos (*super-enamorado*, *super-simpática*), de ciertas formas eufemísticas en diminutivo (*bragueta*) o de truncamientos léxicos con resultado generalmente bisílabo (*gordi* ‘gordito, -ta’, *chuli* ‘chulo, -a; chulito, -ta’, *pelu* ‘peluquería’, *ilusión*, *porfa* ‘por favor’) (López y Morant, 1991).<sup>7</sup>

Las anotaciones de los usos más frecuentes en hombres o en mujeres se han hecho a propósito de todos los niveles de la lengua, desde el fonético al discursivo (Bull y Swan, 1992).<sup>7bis</sup> Precisamente, uno de los ámbitos que más atención ha recibido ha sido el del discurso y de la conversación en su dimensión sociolingüística: se han realizado investigaciones sobre el empleo de muy diversos elementos del discurso, sobre el modo de narrar o sobre la forma de interactuar en la conversación, entre otras.<sup>8</sup> En su libro *Language and gender*, Mary M. Talbot (1998) presenta muchos e interesantes datos. Explica, por ejemplo,

7. En la segunda parte de López y Morant 1991, responsabilidad de Ricardo Morant, se proporcionan numerosos ejemplos procedentes de una observación directa.

7bis. En el nivel léxico, se han revelado diferencias entre hombres y mujeres a propósito de la disponibilidad léxica de los hablantes, que será tratada con más detalle en el capítulo 3: variación socioléxica. Aunque estas diferencias no siempre se manifiestan (Ávila, 2006), allí donde aparecen muestran que la producción léxica de las mujeres es mayor que la de los hombres, sobre todo en las áreas temáticas de la ropa, las comidas y bebidas, la cocina, la escuela, los animales y las profesiones y oficios (Gómez Molina y Gómez Devis, 2004).

8. Véase la bibliografía de L. Cortés Rodríguez (1996).

cómo las madres estadounidenses inician menos narraciones en la mesa que los hijos y los padres, cómo, en la cortesía de la interacción, son las mujeres entre sí las que más cumplidos se dedican (sobre todo relativos al aspecto físico), seguidas por los hombres que hacen cumplidos a las mujeres, o cómo los temas de conversación propuestos por mujeres conocen menos el éxito de su desarrollo que los temas propuestos por hombres. Ana M.<sup>a</sup> Cestero (1995; 2000), en su análisis de la alternancia de turnos de habla en el español de Alcalá de Henares (Madrid), ha podido averiguar que el funcionamiento del mecanismo de alternancia de turnos, si bien no es estrictamente dependiente de las características sociales de los interlocutores puede verse parcialmente influido por factores sociales como el sexo o la edad. Entre las conclusiones del estudio destaca que en las conversaciones entre mujeres se produce un mayor número de alternancias de turnos que en las conversaciones entre hombres. Cestero sugiere que las diferencias en la producción de alternancias y la superposición de habla están vinculadas a las relaciones de poder y solidaridad entre los hablantes y que la diferencia entre el comportamiento de hombres y mujeres revela una mayor tendencia de las mujeres a cumplir las normas de interacción.

#### *Estudios urbanos*

Las investigaciones sociolingüísticas de centros urbanos han descubierto y descrito una serie de hechos de singular relevancia relativos al sexo como variable social. Sin lugar a dudas, el más importante de todos ellos es que la mujer, generalmente, es más sensible a las normas prestigiosas que los hombres; dicho de otra forma, las mujeres muestran una actitud más positiva que los hombres hacia los usos que se ajustan a la norma, a la vez que los hombres suelen ceñir sus usos a los llamados «vernáculos» y a las variedades locales con más intensidad que las mujeres. Este hecho ha sido observado en un importante número de estudios sociolingüísticos y de actitudes, incluidos los de William Labov (1972), y ha dado lugar a lo que se conoce con el nombre de *modelo sociolingüístico de sexo* (Fasold, 1990: 92-102). En relación directa con esta diferencia entre el habla de hombres y mujeres, López Morales ha propuesto un principio general que introduce un matiz esencial en la interpretación del fenómeno (1992: 52). El principio quedó formulado en 1992 del siguiente modo:<sup>8bis</sup>

En una estratificación sociolingüística estable, los hombres usan formas que no son estándares con mayor frecuencia que las mujeres, *siempre que la variación se produzca en un nivel de consciencia dentro de la comunidad de habla.*

Por tanto, cuando hablamos de fenómenos lingüísticos de los que los miembros de la comunidad no son plenamente conscientes (por ejemplo, el *yeísmo* en muchas comunidades), no tiene por qué seguirse ese «modelo» de conducta en hombres y mujeres.

Por otro lado, la tendencia a seguir un modelo prestigioso —a menudo considerado como normativo— no implica siempre un seguimiento del «modelo normativo». El prestigio puede estar en las peculiaridades propias de una comunidad —lo que llevaría al conservadurismo—, pero también en rasgos ajenos a ella, y estaríamos entonces ante una actitud innovadora. En cualquiera de los dos casos, la figura de la mujer aparece destacada, no solo

<sup>8bis</sup> Labov (2001a: 294) también explicó esta realidad sociolingüística en forma de «paradoja del género», según la cual las mujeres se ajustan más estrechamente que los hombres a las normas sociales que se establecen y aceptan de una manera abierta, pero se ajustan menos que los hombres cuando tales normas sociales no existen. Véase la formulación del *Principio 2 o de la conformidad lingüística de las mujeres* en el capítulo 5, dedicado al cambio lingüístico.

por su tendencia al seguimiento de lo prestigioso, sino, tal vez en relación con ello, por su capacidad para liderar procesos de cambio lingüístico dentro de la comunidad y de servir como modelo de habla, como se verá más adelante (capítulo 5) (Labov, 2001). Debe valorarse, no obstante, que, en las últimas décadas, la aceptación y difusión de los medios de comunicación social, especialmente la televisión, está haciendo que el modelo de referencia sea el mismo para cualquier hablante de cualquier comunidad, sea hombre o sea mujer.

La inclinación hacia un modelo de prestigio, a la que nos estamos refiriendo, se ve complementada por otra realidad: en la mujer funciona con menor fuerza que en los hombres el denominado *prestigio encubierto*. El prestigio encubierto es el que está asociado a unos usos que no son cultos, unos usos que están alejados de lo que abiertamente se reconoce como normativo o adecuado y que a menudo son marcas de «masculinidad» entre los estratos socioculturales más bajos (Labov, 1966; Trudgill, 1972).<sup>9</sup> El *prestigio encubierto*, que es un prestigio de grupo, se opone al *prestigio abierto*, que es prestigio de comunidad y que se asocia a lo correcto, lo adecuado, lo normativo.

Pero, ¿de dónde nace esa tendencia femenina a seguir los modelos de prestigio? ¿Por qué en muchas culturas se espera que la mujer ajuste su conducta sociolingüística a un canon o unos referentes de prestigio? ¿Por qué los usos lingüísticos que se consideran característicos de las mujeres o de los hombres tienen que ver directamente con el seguimiento o el abandono de una norma? La mayor parte de las respuestas que se han dado a estas cuestiones tienen que ver con una interpretación sociocultural del sexo, es decir, están relacionadas con lo que en la bibliografía anglosajona se llama *gender* 'género' (Amezúa, 1991), que a su vez en nada coincide con el concepto de «género» como categoría gramatical. El *género* sociocultural se opone al *sexo* en tanto en cuanto el sexo es una característica biológica que viene dada prácticamente desde el momento de la concepción del nuevo ser, mientras el género es una dimensión sociocultural que el individuo adquiere al ser socializado. Tales conceptos, sin embargo, tienen unos límites borrosísimos y plagados de problemas, dado que el *sexo* mismo es parte insoslayable del *género*.

Chambers y Trudgill (1980), con un criterio que parte del concepto sociocultural de género, explican la tendencia de las mujeres a seguir los modelos de prestigio mediante los razonamientos siguientes: la falta de un lugar destacado en la sociedad hace que las mujeres necesiten marcar su estatus social mediante una conducta específica; por otra parte, la falta de cohesión de las mujeres en las redes sociales las obliga a enfrentarse más a menudo a situaciones de formalidad; esto es, el lugar del hombre en los intercambios sociales permite que consideren como de escasa formalidad muchas situaciones que las mujeres interpretan como más formales; finalmente, la educación suele llevar a las mujeres a desempeñar lo que se considera «su» función social siguiendo unas normas de conducta socialmente aceptadas. Se ha añadido a todo eso que la adecuación a un modelo de prestigio es una estrategia interpersonal cuya finalidad es el mantenimiento de la autoestima en los intercambios sociales (Deuchar, 1988: 27-32).<sup>10</sup>

Frente a este punto de vista, el propio Chambers defiende unos años más tarde (1995) una opinión semi-ecléctica en la que se da gran importancia al concepto biológico de sexo. Para Chambers, las diferencias entre el habla de hombres y mujeres pueden ser el resulta-

9. Ahora bien, Trudgill observó en las mujeres jóvenes una conducta muy estricta a la de los hombres.

10. Las diferencias socioculturales explican también el funcionamiento del tabú lingüístico. El tabú puede provocar diferencias entre las hablas masculinas y femeninas (López Morales, 2004: 125-126).

do de una asignación de funciones socioculturales diferentes (géneros diferentes), sobre todo cuando las variables son estables y cuando hombres y mujeres llevan vidas diferentes dentro de una comunidad.<sup>11</sup> Esa situación recibe el nombre de *variabilidad basada en el género*. Pero, según Chambers, estas diferencias pueden persistir incluso cuando no se tienen en cuenta las diferencias de género: la mujer tiene unas habilidades verbales mayores y mejores que las de los hombres y que van más allá de las diferencias socioculturales. Las mujeres disponen de una capacidad neurofisiológica verbal que se puede manifestar en forma de diferencias sociolingüísticas, como el uso de un repertorio de variantes más amplio o el manejo de unos recursos estilísticos más ricos que los hombres de sus mismos grupos sociales, aun cuando los atributos «genéricos» sean similares o idénticos. A esta situación se le da el nombre de *variabilidad basada en el sexo* y presenta el problema de su demostración, objetiva y universal.<sup>12</sup>

Pero cabe plantear otra interrogante: ¿tan importantes son las diferencias entre el habla de hombres y mujeres? ¿hasta dónde puede llegar la diferencia lingüística entre sexos? Es evidente que no se puede ofrecer un explicación que sea igualmente válida para todas las comunidades; de hecho, podríamos encontrar muestras de todo tipo de posibilidades: desde el conocido caso, parece que irreal, de la isla Caribe en la que los hombres hablaban una lengua (caribe) y las mujeres otra diferente (arahuaco),<sup>13</sup> hasta las comunidades en las que el sexo se revela como una variable absolutamente secundaria, pasando por los muchos estudios que descubren diferencias cuantitativas, aunque también cualitativas, en los niveles fonético y gramatical. La experiencia nos confirma que las disparidades son mayores en aquellos rasgos lingüísticos de los que los hablantes tienen una mayor consciencia, esto es, en las características que pueden convertirse con más facilidad en marcas o símbolos sociales. Esta circunstancia se da con claridad en el léxico y en la pragmática; por eso suelen aportar muchos, variados y valiosos materiales las investigaciones léxicas, los análisis de la conversación o los estudios sobre tratamientos y recursos coloquiales.<sup>14</sup> En cualquier caso, la sociolingüística sostiene la existencia general de variación lingüística basada en el sexo en un modo similar a la basada en diferencias socioeconómicas o raciales. Y, a este respecto, Trudgill (1974b: 95) especifica que las variaciones basadas en el sexo son el resultado de una diferencia social, mientras que las basadas en la geografía, la etnia o la clase social se basan, siquiera parcialmente, en una distancia social.

### *Sociolingüística feminista*

Con el paso del tiempo, los estudios sobre el habla de hombres y mujeres se han ido perfilando en diversos ámbitos de interés, diferentes del estudio específico de la variación,

11. Chambers habla de movilidad para referirse al contacto con otros grupos dentro de la comunidad o procedentes de otras comunidades y afirma que en la sociedades modernas industrializadas la mujer tiene una mayor movilidad que el hombre: sale a trabajar fuera de su barrio, va a otras zonas de la ciudad a comprar, tiene contactos con grupos sociales diferentes, mientras el hombre centra su vida alrededor del trabajo y de su vecindario.

12. No tenemos en cuenta la variabilidad que es consecuencia de las diferencias fisiológicas entre hombres y mujeres y que afectan al ámbito de la fonética.

13. El ejemplo lo da Peter Trudgill (1983: 79-80). Según un informe del siglo XVII, los nativos salvajes de Dominica explican que esta circunstancia se debió a que los caribes invadieron la isla arahuacohablante, mataron a todos los hombres y se unieron a las mujeres para repoblarla. El mismo informe del XVII habla simplemente de expresiones que son propias de hombres y de frases o palabras que los hombres nunca dirían, pero no se hace referencia al uso de lenguas diferentes.

14. Podrían añadirse los interesantísimos estudios sobre el lenguaje no verbal.

aunque desarrollados a veces de modo complementario.<sup>15</sup> De todos ellos, el de mayor tradición, peso y significación social tal vez sea el de la *sociolingüística feminista* (Thorne y Henley 1975; Moreno Fernández, 1988: 143-154; Smith, 1979: 109-146).<sup>16</sup> Esta corriente de estudio se ha desarrollado desde la década de los setenta y su principal característica es el deseo, expreso, de provocar un cambio social que proporcione a las mujeres del mundo la igualdad y la liberación de la opresión masculina, poniendo de manifiesto el oculto e injusto sexismo del lenguaje. En general, se parte de la idea de que las lenguas son sexistas y de que, si se elimina el sexismo de ellas, resultaría más fácil erradicar el sexismo de la sociedad. Los usos sexistas pueden detectarse en muy diversos ámbitos de la comunicación, como la redacción de los diccionarios, el vocabulario empleado para los atributos físicos y morales, el vocabulario del mundo laboral, el refranero o el folklore popular (Calero, 1999). También han ido cobrando importancia, en este campo, las investigaciones centradas en los aspectos pragmáticos de la comunicación y ha llegado a proponerse el cultivo de una pragmática feminista, preocupada por los significados que las expresiones parecen tener para los interlocutores y de cómo se manejan las estrategias lingüísticas según sus necesidades y objetivos. Se parte de la idea de que los hablantes asumimos pautas sobre las relaciones entre los interlocutores (hombres y mujeres) y sobre la identidad de los géneros que no siempre son adecuadas (Christie, 2000).

Junto a los estudios feministas, cabe citar los campos centrados en los usos lingüísticos de los hombres y de los homosexuales. En el primer caso, se ha mostrado una especial preocupación por la organización del discurso y la conversación, así como por la expresión de la masculinidad: cómo construyen los hombres sus narraciones, cómo interactúan en conversaciones entre hombres y en conversaciones con mujeres, cuáles son las marcas discursivas que pueden considerarse como características de los hombres (Coates, 2003). La aparición del segundo campo es una consecuencia, según Leap (2001: 332), del aumento del número de estudios sobre gays, lesbianas, bisexuales o transexuales en diversas disciplinas académicas; del esfuerzo de la teoría feminista por superar una concepción basada en la dicotomía hombre/mujer; y de la madurez de los conocimientos sobre lengua, género

15. La sociolingüística también ha contribuido a que la figura de la mujer como investigadora y entrevistadora adquiera una nueva dimensión, ya que la multiplicidad de contextos y situaciones en que se recogen los datos hace que en muchas ocasiones sea preferible que la encuesta la haga una mujer a que la haga un hombre. El ejemplo más claro lo tenemos en la investigación de Lesley Milroy sobre el habla de tres redes sociales de Belfast. Milroy nos dice (1987: 44):

El investigador de campo tenía que ser una mujer. Generalmente las mujeres recibían menos agresiones que los hombres. Los hombres extraños eran vistos con considerable sospecha en muchos lugares de Belfast y a menudo podían correr algún peligro si visitaban un lugar durante un periodo determinado.

Conviene valorar más de lo que se suele hacer las características personales de los investigadores, en función del tipo de materiales que se pretende buscar en cada momento (Moreno Fernández, 1990: 71-77).

16. Sin negar la existencia de usos sexistas de la lengua, pero negando la naturaleza sexista de la lengua en sí misma, hemos afirmado en otro lugar que la línea de estudio feminista, sobre todo la estadounidense (salvo honrosísimas excepciones), ha sido poco fructífera para la ciencia porque se han restringido los límites de la sociolingüística, se ha partido de presupuestos erróneos y se han manipulado criterios lingüísticos. Todo ello para dejar patente la necesidad de un cambio que, en sí mismo, no puede producirse solamente a través del lenguaje. Por otro lado, tienen un fondo razonable las críticas hechas a los estudios sociolingüísticos en los que la mujer es tratada siempre como persona dependiente de su padre o su marido o en los que la conducta sociolingüística femenina se interpreta como mera desviación o variante de la conducta masculina. La sociolingüística feminista critica los métodos de investigación basados en la figura del hombre (Cameron y Coates, 1988: 13-26; Christie, 2000).

y sexualidad a los que se ha llegado desde la sociolingüística. Entre los asuntos que más interesan están la construcción de la identidad sexual en interacciones entre homosexuales o la aparición de marcas lingüísticas que puedan reconocerse como características de los homosexuales (Kulick, 2000). Sobre este punto, aún se discute si realmente puede hablarse de marcas específicas, aunque se acepta la existencia de algunas palabras y de algunos rasgos fónicos característicos (curvas de entonación, alargamiento de vocales), aparte de los elementos proxémicos y kinésicos implicados en la interacción comunicativa. La cuestión está en que existen unos estereotipos o prototipos sobre el habla de los gays y de las lesbianas que incluyen unos modos o rasgos que no tienen por qué aparecer en todos ellos y que pueden darse, en grado diverso, entre quienes no lo son.

### La variable social «edad»

Y así conviene que los niños sean enseñados de maestros inteligentes y curiosos al tiempo de la niñez, quando con facilidad, por estar las potencias tiernas y desembaraçadas, se les imprimen como en cera las buenas costumbres tan presto como las malas, que creciendo en edad vienen después a convertirse en naturaleza.

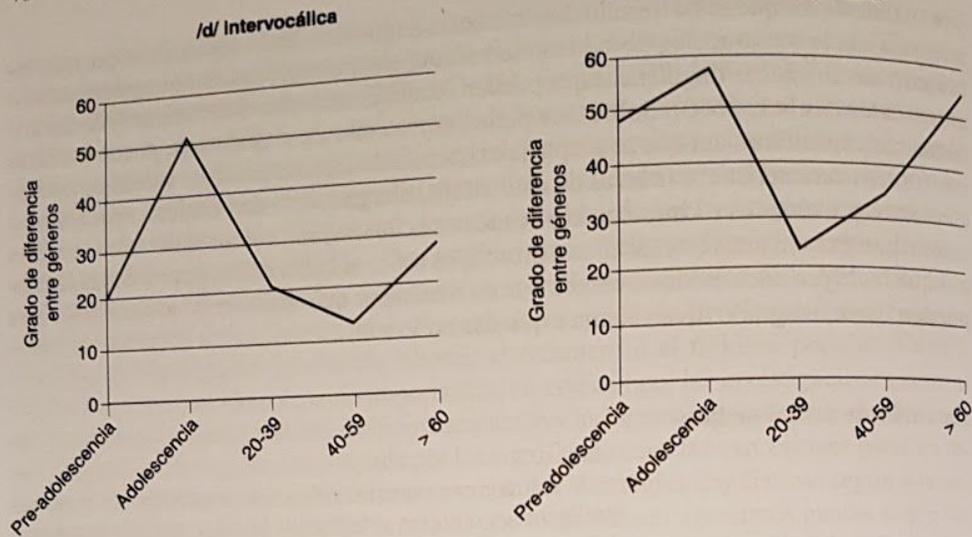
(JUAN LÓPEZ DE VELASCO, *Orthographia*, 1582)

La edad de los hablantes, como se ha señalado desde la dialectología,<sup>17</sup> es uno de los factores sociales que con mayor fuerza y claridad pueden determinar los usos lingüísticos de una comunidad de habla. En cierto modo, puede afirmarse que la edad condiciona la variación lingüística con más intensidad que otros factores. En contraste con el factor «clase social» o con el «género», la edad es un factor constante, dado que su realidad no se ve alterada por cambios socioeconómicos, de actitudes o de organización. No es constante en tanto que el individuo ve cómo cambia de edad de forma continua y sin remisión.

La edad, conforme el tiempo transcurre, va determinando y modificando los caracteres y los hábitos sociales de los individuos, incluidos los comunicativos y los puramente lingüísticos. Por eso es posible distinguir en la vida lingüística de un individuo distintas etapas, aunque no exista acuerdo unánime sobre cuáles son y cómo han de caracterizarse. También puede ocurrir que la edad, como factor social, covarie o se solape con otros factores, como el nivel de instrucción: en España, por ejemplo, es habitual que las generaciones más jóvenes sean, en conjunto, las mejor instruidas, lo que las convierte en usuarias de rasgos lingüísticos cercanos al modelo normativo. En cualquier caso, tanto las diferencias que se derivan de la edad, como la relación que la edad establece con otros parámetros sociales, ofrecen manifestaciones e implicaciones sociolingüísticas muy diversas, según la cultura o el tipo de comunidad de que se trate (Eckert, 1997).

A propósito de la relación entre el factor «edad» y el factor «sexo» o «género», Richard Cameron ha demostrado la certeza de una hipótesis de trabajo: que las diferencias lingüísticas basadas en el género varían a lo largo de la vida. Se ha comprobado que las diferencias lingüísticas entre géneros son relativamente pequeñas en la infancia, aumentan

17. Véanse las referencias a Rousselot, Gauchat o Millardet y Jordan, 1967.



FUENTE: R. Cameron, 2005.

FIG. 2.1. Diferencias entre géneros según la edad por la realización de /d/ intervocálica y de /s/ en posición final de palabra.

hasta su máximo en la adolescencia, para decrecer paulatinamente en la madurez, hasta alcanzar su punto más bajo entre los cuarenta y los sesenta —a veces antes— y hacerse algo más marcadas en el tramo final de la vida. En el caso del español, así se ha comprobado tanto con datos de la pronunciación de /d/ en posición intervocálica, como de /s/ en posición final de palabra, en San Juan de Puerto Rico (fig. 2.1).

En lo que al desarrollo lingüístico del individuo se refiere, tal vez la etapa más importante sea la que corresponde a la *adquisición* del dialecto y del sociolecto, la lengua del grupo social al que pertenece el hablante; es decir, la variedad vernácula. William Labov llegó a proponer en 1964, con resultado polémico, una división periódica de seis fases para la adquisición del inglés llamado *estándar*, incluidas todas sus variedades regionales, sociales y estilísticas. Ese proceso de adquisición es interpretado por Labov como un proceso de aculturación o de alejamiento de los usos adquiridos en la adolescencia y una adecuación al modelo predominante entre los miembros adultos de la comunidad. Las etapas del proceso de adquisición son las siguientes:

1. Adquisición de la gramática básica, en la primera infancia.
2. Adquisición del vernáculo, entre los 5 y los 12 años.
3. Desarrollo de la percepción social, entre los 14 y los 15 años.
4. Desarrollo de la variación estilística, a partir de los 14 años aproximadamente.
5. Mantenimiento de un uso «estándar» coherente, en la primera etapa adulta.
6. Adquisición de todos los recursos lingüísticos; se produce en las personas instruidas y especialmente preocupadas por el uso de la lengua.

La primera fase se cumple bajo la influencia directa de los padres, especialmente de la madre, y de la familia más cercana; la segunda responde a la influencia de los amigos y compañeros de estudios; la tercera supone la influencia de hablantes adultos; la

cuarta requiere contactos sociales de distinta naturaleza (familia, compañeros, vecinos). Se supone que a partir de la segunda etapa comienza el desarrollo del llamado post-vernáculo (*post-vernacular*), que incorpora elementos adquiridos desde muy diversas fuentes.

Si bien es cierto que Labov explica el proceso de adquisición a partir de datos recogidos en la ciudad de Nueva York, también lo es que pocas veces se ha ofrecido resistencia —e incluimos al propio Labov— a la tentación de universalizar las famosas seis etapas. Es aquí donde surgen las contra-argumentaciones y los problemas, hasta tal punto que puede decirse que las propuestas de Labov han servido principal y casi exclusivamente como marco de referencia para un debate que aún no está cerrado: Romaine (1984: 85) critica la inconveniencia de oponer jóvenes a adultos sin valorar la diferencias sociales que pueda haber entre unos jóvenes y otros; Chambers llama la atención sobre la imposibilidad de distinguir entre lo que Labov llama «gramática básica» y «vernáculo»; la misma Romaine (1984: 99) y especialistas como Reid (1978), Wolfram (1989) o Roberts advierten, con datos en la mano, que es posible encontrar diferencias dialectales, estilísticas, de clase social o de sexo en niños de tres, seis, ocho, diez o doce años y que, por lo tanto, la adquisición de una variedad lingüística, si bien viene determinada por factores biológicos, también lo está, y en modo notable, por factores sociales.<sup>18</sup>

Estos argumentos nos llevan al comentario de una cuestión importante en el ámbito de la sociolingüística: ¿qué edad mínima han de tener los hablantes para poder ser objeto de un estudio sociolingüístico? La cuestión, estrechamente ligada al número de generaciones que se manejan en este tipo de trabajos, ha recibido soluciones diversas: P. Bentivoglio y M. Sedano (1993), en Caracas, entrevistan a informantes que tienen más de 14 años. M. Etxebarria, en Bilbao, estudia hablantes mayores de 15 años; O. Alba, en Santiago de los Caballeros, y G. Perissinotto, en México, manejan informantes que tienen 16 años o más;<sup>19</sup> H. Ueda, para su estudio del léxico del español, recoge datos de hablantes mayores de 18 años;<sup>20</sup> H. López Morales, en San Juan de Puerto Rico, J. A. Samper, en Las Palmas de Gran Canaria, F. Martínez, en Burgos, y otros muchos trabajan con personas mayores de 20 años; en el «Proyecto para el Estudio Sociolingüístico del Español de España y de América» (PRESEEA) también se trabaja con mayores de 20 años, aunque hay lugar para estudios específicos de hablantes de 14 a 19 años (Moreno Fernández, 1993); en el «Proyecto para el estudio coordinado de la norma lingüística culta» se utilizan informantes mayores de 25 años.<sup>21</sup>

Sea como sea, la sociolingüística no suele considerar conveniente la recogida de datos de hablantes menores de 14 o 15 años para el estudio de grandes núcleos urbanos, al menos mientras no esté suficientemente claro cómo y cuándo se llega a la madurez en el

18. P. Kerswill (1996) ha elaborado una escala de dificultad en la adquisición de características lingüísticas indicando a qué edad suele darse. Algunos de los estadios de esa escala, de mayor a menor dificultad de adquisición, serían los siguientes: reglas fonológicas léxicamente impredecibles (3 años; máxima dificultad); nuevas oposiciones fonológicas (3-13 años); cambios gramaticales (8 años); sistemas prosódicos (12-15 años); nuevas clases morfológicas (adolescencia); difusión léxica de cambios fonológicos; préstamos (mínima dificultad).

19. Esta es la edad mínima con la que se trabaja en las encuestas sociolingüísticas del *Atlas Lingüístico (y etnográfico) de Castilla-La Mancha* (García Mouton y Moreno Fernández 1993).

20. No es un estudio propiamente sociolingüístico, pero tiene en cuenta las variables sexo y edad. Proyecto Varilex (Variación léxica del español en el mundo). Tokio.

21. No se olvide que se trata de hablantes cultos de español (Lope Blanch, 1986: 26 y ss.).

uso social de la lengua.<sup>22</sup> Ahora bien, si lo que se pretende es estudiar los cambios lingüísticos en tiempo aparente, se podría hacer con hablantes desde los 8 años de edad (véase capítulo 5) (Labov, 1996: 104).

Una vez advertidos los inconvenientes de la propuesta que hizo Labov en 1964, hay que llamar la atención sobre otras explicaciones o interpretaciones. Comentaremos brevemente dos: una del propio Labov (1972; 1983); la otra de Chambers. William Labov, esta vez en 1966, ofrece una explicación centrada en la adquisición de una «serie de normas de habla» de la comunidad y no tanto en la adquisición de una variedad lingüística determinada. Según Labov, la primera experiencia lingüística de los niños, entre los 2 y los 3 años, está dominada por el ejemplo de los padres; entre los 4 y los 13 años, el modelo de habla está dominado y regulado por los grupos de preadolescentes entre los que los individuos se mueven: se supone que en este periodo se fijan los patrones automáticos de producción lingüística; durante la adolescencia, el hablante comienza a adquirir un conjunto de normas evaluadoras, hasta que a los 17 o 18 años llega a ser consciente de la significación social de su propio modo de hablar y del de los demás, así como de los usos prestigiosos. La adquisición de las formas prestigiosas es tardía, mucho más en los grupos sociales con menor instrucción; de ahí que sea posible encontrar hablantes de entre 30 o 40 años de edad que aún intentan reorientar su estilo más cuidadoso —y su concepto de la norma de prestigio— hacia modelos cercanos a lo normativo.

Por su lado, J. K. Chambers parte del hecho de que las variables lingüísticas y la alternancia de estilos se desarrollan conjuntamente con la fonología y la sintaxis desde el comienzo del proceso adquisitivo y propone la existencia de tres periodos formativos en la adquisición de los sociolectos: en primer lugar, la *infancia*, durante la cual se desarrolla la lengua bajo la influencia de la familia y los amigos;<sup>23</sup> en segundo lugar, la *adolescencia*, en la que los usos lingüísticos se llevan más allá de los límites establecidos por la generación anterior, con gran influencia de los individuos que forman parte de la misma red social: aquí se hace uso, por ejemplo, de un léxico de jerga o argot que ayuda a marcar distancias con las generaciones adultas; en tercer lugar, la *edad adulta joven*, que tiende a hacer un mayor uso de la variedad normativa («estándar»), al menos en aquellos contextos y ocupaciones en que el manejo de la lengua es especialmente importante, a la vez que se procura fijar una variedad sociolingüística de acuerdo con ciertas aspiraciones y preferencias sociales.<sup>24</sup> Después de esa tercera etapa, se supone que los hablantes estabilizan sus sociolectos.

La división de edades que propone Chambers y las consideraciones hechas sobre la edad mínima de los informantes nos llevan a comentar las divisiones generacionales que se suelen practicar en la investigación sociolingüística: concretamente, ¿cuántos grupos generacionales pueden distinguirse en una comunidad y dónde han de situarse los límites entre

22. Evidentemente, en los estudios en los que, además de lo sociolingüístico, preocupan aspectos psicosociales o psicológicos de maduración o desarrollo, por ejemplo, se trabaja con hablantes de edades menores. La dialectología, por su parte, trabaja normalmente con la generación en la que teóricamente se da una mayor estabilidad: entre 40 y 60 años (Pop, 1950: 1161).

23. Los conflictos entre los usos habituales en la familia y los que se suelen usar con los amigos surgen cuando son hablantes de una comunidad que se han trasladado a otra. En estos casos, es frecuente que el habla del nuevo entorno predomine sobre la modalidad de origen de los padres. Esto ocurre en la localidad española de Alcalá de Henares, ciudad castellana que ha recibido una gran cantidad de inmigrantes procedentes de Andalucía, Extremadura y Castilla-La Mancha (Blanco Canales, 2005).

24. En estos casos, los usos de los adultos pueden ser discrepantes respecto de los usos de jóvenes y viejos, que a su vez pueden coincidir entre sí (Downs, 1984: 190 y ss.).

ellos? Aunque es evidente que el número de generaciones y sus límites han de decidirse en función de los objetivos de cada estudio sociolingüístico, no es frecuente que se trabaje con menos de tres grupos generacionales ni con más de cuatro, por más que los sociólogos trabajen a menudo con seis o más generaciones.<sup>25</sup> Cuando se tienen en consideración sólo dos grupos de edad es porque los objetivos sociolingüísticos están subordinados a otros intereses: el objetivo principal del proyecto «Varilex», por ejemplo, para el que se manejan dos generaciones, es dar cuenta de la variación léxica en toda la geografía del mundo hispánico. Por otra parte, si se manejaran más de cuatro generaciones seguramente se encontrarían, entre dos o más de ellas, muchas coincidencias y solapamientos que no aportarían nada significativo y que podrían complicar innecesariamente el análisis sociolingüístico.

Tenemos, pues, que los sociolingüistas manejan tres o cuatro grupos generacionales, cuyos límites dependen de la edad que se fije como mínima: si se trabaja con menores de 20 años, se suelen distinguir cuatro generaciones; si la edad mínima es de 20 o 25 años, se suelen distinguir tres grupos. Una vez fijado el límite mínimo, la división de grupos puede buscar, bien la agrupación de los informantes en categorías de dimensión equivalente, marcando un límite más o menos objetivo cada cierto número de años (por ejemplo, cada 15 años: de 20 a 35, de 36 a 50, de 51 a 65), bien la agrupación en una misma categoría de los informantes que estén viviendo unas circunstancias vitales similares, sabiendo que éstas pueden variar de una comunidad a otra. Así, es probable, si se trabaja con cuatro generaciones, que se quiera recoger: en un primer grupo, la etapa correspondiente a la formación individual (que en las comunidades occidentales industrializadas suele completarse entre los 20 y los 25 años), en un segundo grupo la etapa del inicio de la vida profesional, independiente de los padres (entre los 20 y los 35 años aproximadamente), en un tercer grupo la etapa de la madurez y el máximo rendimiento profesional (de los 35 a los 50 o 55 años) y, en un cuarto grupo, la etapa correspondiente a la madurez profesional y a la jubilación. Lógicamente, estos grupos de edad tienen un valor relativo, pues dependen de la sociedad a la que se pertenezca, del tipo de actividad profesional de que se trate (más física, más intelectual), de las condiciones socioeconómicas de la comunidad, de la esperanza media de vida, de la organización social y de otros muchos factores.

Los grupos generacionales y las etapas de adquisición del sociolecto pueden determinar, y de hecho lo hacen, el uso de ciertas variables o rasgos lingüísticos que sirven para marcar distancias entre niños y jóvenes, entre jóvenes y adultos. Son elementos que funcionan como indicadores de pertenencia a un grupo generacional determinado y que pueden proceder de cualquier nivel lingüístico. Ocurre aquí, sin embargo, lo mismo que comprobamos a propósito de otras variables: son los niveles más superficiales de la lengua —el léxico, la fraseología, el discurso— los que acusan más claramente la determinación del factor edad, sin que medien otras variables lingüísticas. De igual modo que ciertas prendas de vestir, ciertos peinados, ciertos gustos y actitudes, ciertos modos de diversión se consideran característicos de tal o cual generación, existen usos lingüísticos que se consideran propios de ciertos grupos de edad, que se acaban convirtiendo en auténticos símbolos generacionales y que se van renovando conforme llegan las nuevas generaciones.<sup>26</sup>

Desde este punto de vista, han interesado mucho los usos léxicos de los jóvenes, muy a

25. Sobre las técnicas de investigación más propias de los sociólogos, véase M. García Ferrando, J. Ibáñez y F. Alvira (1989).

26. Para García de Diego (1951: 303 y ss.), en las generaciones jóvenes se dan usos más innovadores y en las viejas, usos más conservadores.

menudo adscritos a grupos de determinadas características sociales y pautas de conducta (léxico estudiantil, léxico de los grafiteros, léxico cheli y macarra, léxico pijo)<sup>27</sup> (Umbral, 1983; F. Rodríguez, 1989; 2002), aunque no es necesaria su vinculación a ningún grupo para que el habla de los jóvenes muestre ciertas peculiaridades (Moreno Fernández, 1989c). En cuanto a las generaciones de edad más avanzada, aún es mucho lo que falta por conocer, empezando por la posibilidad de identificar un grupo social «anciano» con unas marcas sociolingüísticas propias. Sin embargo, parece que la caracterización de esta «ancianidad» lingüística podría lograrse fácilmente mediante el análisis de sus pautas narrativas y conversacionales. Uno de los tópicos asocia el discurso de los más viejos al egocentrismo y al continuo refunfuñar y, aunque es posible descubrir estos rasgos en sus discursos, hay que establecer bien su dimensión cualitativa y cuantitativa respecto de los hablantes de otros grupos de edad. El conocimiento de tales pautas comunicativas será muy útil para el desempeño de aquellas profesiones que obligan al trato continuo con ancianos (Coupland, Coupland y Giles, 1991).

No podemos dar por concluido este apartado sobre la variable «edad» sin aludir brevemente a una de sus principales implicaciones, el cambio lingüístico, aunque este asunto será tratado más detenidamente en otro capítulo. La sociolingüística ha constatado, a partir del comportamiento lingüístico de los grupos generacionales de una comunidad, cómo se producen los cambios lingüísticos en curso: el cambio lingüístico, especialmente el fonético, es un proceso regular que se puede observar entre generaciones sucesivas.<sup>28</sup> El desarrollo del cambio, observado en un momento determinado y en hablantes de generaciones distintas, ofrece una imagen dinámica en «tiempo aparente» que permite proyectar cómo será ese cambio en el futuro, conforme vaya transcurriendo el «tiempo real».

### La variable «clase social»

Y la misma diferencia y ventaja que lleva la habla del hombre de pro a la del villano y soez aunque ayan ambos nacido en una misma ciudad y barrio, aquella lleva la de la corte a la de las otras villas y ciudades de todo el reyno.

(GONZALO GARCÍA DE SANTA MARÍA,  
*La vida de los santos padres religiosos*, 1490)

La clase social, como concepto teórico, ha sido estudiada y debatida profusamente entre los especialistas en sociología. Las primeras propuestas teóricas de importancia, en relación con el análisis de clases, procedieron de Karl Marx y de Max Weber, quienes se

27. Lo «cheli» es característico de los jóvenes de Madrid de principios de los años ochenta. Junto al uso de ciertas formas léxicas (*pela* 'peseta', *curro* 'trabajo', *loro* 'radio', *titi* 'chica'), aparecen ciertas expresiones fijas y algún rasgo fonético, como el alargamiento del sonido [s] o la velarización de /s/ ante consonantes ([áxko] 'asco'). En cierto modo, algunos usos chelis se han extendido al habla juvenil en general. Lo «macarra» pertenece a los jóvenes urbanos de extracción social humilde que a menudo muestran una actitud de arrogancia y suelen ir vestidos con cazadoras de cuero (*chupas*). También hacen uso de algunos elementos que se acaban de comentar, aunque se van renovando continuamente. Lo «pijo» en España es lo que se conoce en México como «fresa» y en Argentina como «cheto», propio de los jóvenes de clases más adineradas que gustan de vestir ropa cara y de marca.

28. Véase el importante trabajo de U. Weinreich, W. Labov y M. Herzog (1968).

ocuparon de la estructura que el capitalismo industrial generó durante el siglo XIX. Desde esta posición, la clase queda definida en términos económicos. Para Marx, las clases se establecen en función de la propiedad del capital y de los medios de producción, de modo que la población queda dividida entre los que tienen capital (clase capitalista) y los que no lo tienen (proletariado); los grupos sociales que no se ajustan a esta división (agricultores, pequeños comerciantes y propietarios) son considerados como residuos de la economía precapitalista destinados a desaparecer. Para Weber, las clases responden a diferencias de capital, que, junto a la habilidad y la educación, dan lugar a diferentes posibilidades y oportunidades dentro de un mercado; de ahí que se distingan cuatro clases: la clase propietaria, la clase administrativa, la clase de los pequeños comerciantes y la clase trabajadora. Según el economista alemán, la estratificación social es un fenómeno multidimensional en el que actúan tres factores: la clase, el estatus y el poder (Tezanos, 1996).

Posteriormente, la sociología occidental, sobre todo la norteamericana, ha rechazado las propuestas de Marx y matizado de forma importante las de Weber. Hans Gerth y Charles Wright Mills, por ejemplo, hablan de la formación y persistencia de los estratos sociales teniendo en cuenta cuatro claves, llamadas *dimensiones de la estratificación*: la *ocupación*, la *clase*, el *estatus* y el *poder*. La *ocupación* se define como el conjunto de actividades realizadas de forma más o menos regular como fuente principal de *ingresos económicos*; la *clase* es una dimensión relacionada con los ingresos, considerados como un medio de conseguir objetos; el *estatus* es una dimensión social referida a la obtención de respeto; el *poder* se define como la capacidad de realizar la voluntad propia, aun por encima de la voluntad de los demás.

En general, las propuestas que definen las clases haciendo concurrir varios factores o dimensiones —enfoque multidimensional— consideran que no hay límites claros entre estratos y que éstos no son más que categorías ordenadas a lo largo de un *continuum*, de modo que los conflictos entre clases quedan reducidos a su mínima expresión teórica. Según Abercrombie, Hill y Turner (1986), la división de la población en tres clases —obrera, intermedia y alta— responde a un modelo convencional sociológico de la estructura británica de clases: los trabajadores manufactureros se sitúan en la clase obrera, los trabajadores que no son manufactureros de bajo nivel (oficinistas, técnicos) se sitúan en la clase media y los gerentes administradores y profesionales, en la clase alta.<sup>29</sup>

La sociolingüística norteamericana ha basado su visión de la sociedad en unas teorías de la estratificación que operan con varias dimensiones o indicadores, que se combinan para distinguir varias clases, según se manifiesten esas dimensiones: los individuos quedan clasificados a lo largo de una escala social graduada, atendiendo a atributos individuales como la *educación*, los *ingresos* o la *ocupación*, entre otros. Desde esta perspectiva, los conflictos sociales quedan minimizados, al concebir la sociedad como un ente unitario en el que los individuos comparten unos valores y unas mismas normas de conducta y de prestigio (Guy, 1981: 41 y ss.; Moreno Fernández, 1990: 173-200).

William Labov, principal responsable de la difusión entre los sociolingüistas de este modelo de estratificación social, utilizó en su estudio *The Social Stratification of English in New York City* la división de clases propuesta por J. Michael en 1962. Se trata de una escala lineal de clasificación social —o más bien del estatus social— basada en un índice so-

29. Una de las críticas que ha recibido este modelo es que está basado exclusivamente en los hombres e ignora por completo a las mujeres, cuya situación laboral no se ajusta al patrón expuesto. El androcentrismo es un rasgo común a muchas propuestas sociológicas.

cioeconómico de 10 puntos que combina tres elementos: el *nivel de instrucción*, la *ocupación* y los *ingresos familiares*; cada dimensión queda dividida en cuatro grados o posibilidades (0, 1, 2 y 3). A los hablantes se les asigna una puntuación por cada una de las tres dimensiones, de modo que pueden recibir un máximo de 9 puntos (3 + 3 + 3) y un mínimo de 0. Posteriormente los hablantes quedan agrupados en las siguientes categorías o clases: *clase baja* (0-1), *clase trabajadora* (2-5), *clase media-baja* (6-8) y *clase media-alta* (9).

Actualmente contamos con mucha más experiencia en el uso de índices de *estratificación social*. Peter Trudgill (1974) trabajó en Norwich (Reino Unido) con un índice formado por seis indicadores (*ocupación, nivel de instrucción, ingresos, tipo de vivienda, localidad, ocupación del padre*) que lo llevaron a distinguir cinco clases: *clase trabajadora baja, clase trabajadora media, clase trabajadora alta, clase media baja y clase media media*. Por su parte, Shuy, Wolfram y Riley (1968) distinguieron cuatro clases sociales en Detroit (EE.UU.): *clase trabajadora baja, clase trabajadora alta, clase media baja y clase media alta*. En algunos estudios también se ha manejado, como expresión del nivel sociocultural, el *barrio* de residencia de los hablantes, puesto que hay barrios o zonas urbanas en las que sólo pueden instalarse individuos con cierto estatus y nivel de vida.<sup>30</sup>

En el mundo hispánico, H. López Morales (1983: 27-29) ha trabajado con la variable «nivel socio-cultural» en su estudio de San Juan de Puerto Rico. Aquí, el *nivel* se considera como una variable de post-estratificación, es decir, como una variable que no se tiene en cuenta para preparar la muestra, aunque sí a la hora de realizar los análisis sociolingüísticos: se distinguen cuatro niveles (*bajo, medio-bajo, medio, medio-alto*) para los que se combinan tres parámetros (*escolaridad, profesión e ingresos*). En el estudio sociolingüístico del español de Caracas, Bentivoglio y Sedano (1993: 8-12) han manejado siete factores que permiten distinguir cinco niveles socio-económicos. Los factores son éstos: *ocupación del hablante, ocupación del padre, ocupación de la madre, grado de instrucción, condiciones de alojamiento, ingresos totales e ingreso promedio familiar*; los niveles distinguidos son los siguientes: *bajo, medio bajo, medio, medio alto y alto*. Como se puede comprobar, muchas investigaciones sociolingüísticas utilizan los términos *nivel socio-cultural* o *nivel socio-económico* para referirse a lo que en otras se llama *clase*.<sup>31</sup>

La sociolingüística ha visto las propuestas multidimensionales como una forma suficientemente válida de descubrir diferencias relativas entre individuos, porque es una realidad evidente que ciertos usos lingüísticos son más característicos de unos grupos (clases, niveles) que de otros y que las diferencias sociolingüísticas aumentan conforme crece la distancia social entre los miembros de una comunidad. Además, es palmario que la distribución social de los usos lingüísticos funciona como factor decisivo en el desarrollo y la expansión de los cambios lingüísticos, coordinada frecuentemente con otras variables sociales, como la «edad» o el «sexo» (Labov, 1990). Al conjunto de características lingüísticas propias de un grupo, estrato o clase se le da en sociolingüística el nombre de *sociolecto*.

Dentro de la especialidad, los sociolectos han sido puestos en relación directa y estrecha con las variedades dialectales: *dialecto* y *sociolecto* son dimensiones de la lengua que

30. En las encuestas sociolingüísticas de las capitales de provincia del *Atlas Lingüístico (y etnográfico) de Castilla-La Mancha* se tiene en cuenta el barrio en que residen los informantes, si bien se hace así, no al preparar la muestra, sino al seleccionar a los informantes. En muchas ciudades hispánicas, los barrios muestran importantes diferencias según la procedencia de sus habitantes (véase más adelante).

31. La obra pionera de la sociolingüística española se titula precisamente *Niveles socio-culturales en el habla de Las Palmas de Gran Canaria*. El libro es de Manuel Alvar (1972).

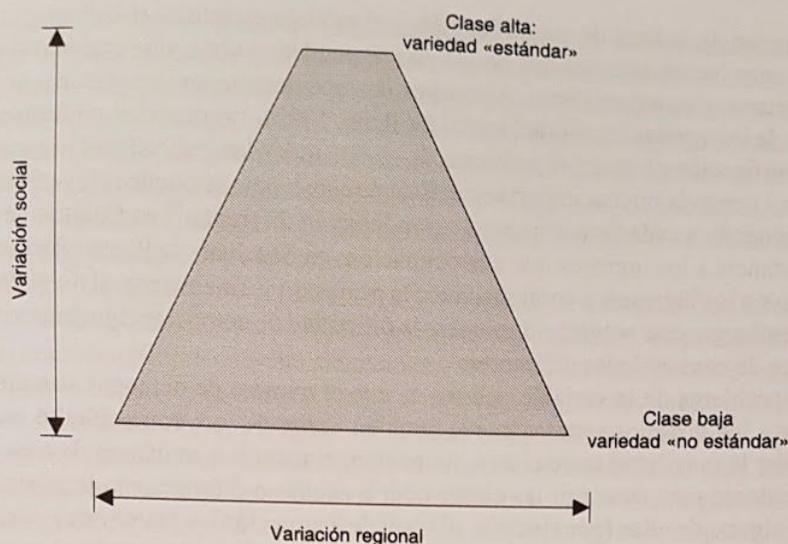


FIG. 2.2. Variación social y regional, según P. Trudgill (1974).

sólo pueden entenderse cuando se conciben como parte de un todo indisoluble. De hecho, Peter Trudgill prefiere hablar de *dialectos sociales* en lugar de *sociolectos*, oponiéndolos a los *dialectos geográficos*. Tanto en Estados Unidos como en el Reino Unido —también en otros lugares—, la variación sociolingüística y variación geolingüística se imbrican dentro de una misma comunidad de habla para dar forma al entramado de la variación lingüística. La manera de representar esta profunda interdependencia de lo geolingüístico y lo sociolingüístico en las comunidades anglosajonas ha sido la pirámide que incluyó Trudgill (1974: 41) en su conocida obra *Sociolinguistics: An Introduction to Language and Society* (fig. 2.2). La pirámide se interpreta así: entre los hablantes de clase baja, donde se localiza un uso poco prestigioso del inglés, se recogen muestras de las diferentes variedades regionales de un territorio, mientras que en la clase alta está generalizado el empleo de la variedad del inglés llamada «estándar», que varía muy poco entre las comunidades de un mismo país. Con otras palabras, cuanto más bajo es el estrato social de los hablantes, más posibilidades hay de reconocer claramente su procedencia geolingüística; la identificación no se produce con facilidad cuando los hablantes pertenecen a las clases más elevadas.<sup>32</sup>

Sin embargo, la situación representada en la pirámide de la variación social y dialectal, si bien refleja lo que ocurre en la sociedad anglosajona, no responde a las realidades geo-sociolingüísticas de otras lenguas o regiones del mundo. En el caso del mundo hispánico, la ascensión en la escala social no tiene por qué suponer, aunque a veces lo suponga, el abandono total de ciertos rasgos característicos de la zona dialectal de la que se procede: por muy alto que sea el estatus de un hispanohablante, resulta relativamente sencillo identificar si procede del norte de España, de las Islas Canarias, del Caribe o de Centroamérica. Pero dejemos a un lado, por el momento, las referencias a la geolingüística para volver al concepto de «clase social».

32. Según Trudgill, en el caso del «acento» el extremo superior de la pirámide sería un vértice que representaría la «Received Pronunciation», el acento más prestigioso del inglés británico, y que no ofrecería ninguna posibilidad de variación geolingüística.

El empleo de índices de estratificación y el modelo estratificacional en su conjunto presentan unos inconvenientes que no sólo no se pueden ocultar, sino que han sido destacados por numerosos especialistas. Al margen de consideraciones de escuela y de maneras diferentes de interpretar la realidad social (Villena, 1992), los modelos multidimensionales de estratificación plantean el problema de que no todos los indicadores (ocupación, ingresos, etc.) tienen la misma importancia. Esta circunstancia se puede resolver particularmente, asignando a cada factor un peso o ponderación diferente:<sup>33</sup> en Caracas se concede más importancia a los ingresos que a la ocupación; en San Juan de Puerto Rico se concede más valor a los ingresos, a continuación a la profesión y, finalmente, al nivel de instrucción. Sin embargo, este recurso no resuelve la dificultad de comparar rigurosamente estratos o clases de comunidades diferentes.

Otro problema de la variable «clase» es que el número de personas susceptibles de pertenecer a los distintos estratos puede también variar de una comunidad a otra, como puede variar la movilidad entre clases. Asimismo, el manejo simultáneo de tres, cuatro o más indicadores para construir las clases podría ocultar o difuminar la importancia particular de alguno de ellos (por ejemplo, el nivel de instrucción), a la vez que podría contribuir a entremezclar dimensiones como el poder y el estatus.<sup>34</sup> A ello se debe sumar que muchas comunidades tienen una organización social muy alejada de los cánones occidentales de las sociedades modernas e industrializadas: pensemos en las organizaciones tribales africanas o polinésicas y en la importancia que han tenido las castas en la India (Granda, 1994b).<sup>35</sup> Estamos ante problemas teóricos que acarrearán dificultades de tipo metodológico (Milroy, 1987a; 1987b; Romaine, 1980a).

Los inconvenientes o puntos débiles que se acaban de presentar, unidos a las expectativas suscitadas por otras propuestas teóricas, han ido dando lugar, incluso desde dentro de la sociolingüística laboviana y más ortodoxa, a la aplicación de alternativas epistemológicas, a la búsqueda de nuevos caminos explicativos, que no siempre han superado los resultados obtenidos desde de la estratificación social. Una de las alternativas consiste en el manejo de los factores que constituyen las clases, no como parte de un todo, sino como variables independientes: *educación, ingresos y ocupación*. En tal caso, los análisis sociolingüísticos se encargan de desvelar hasta qué punto es relevante o explicativo cada uno de ellos; hasta qué punto tiene más peso la educación que los ingresos, por ejemplo.

#### *Mercado lingüístico*

En el concepto de «mercado lingüístico» subyace un principio marxista según el cual la conducta lingüística viene determinada por la relación de los hablantes con los medios de producción. Un mercado, tal y como lo entienden David Sankoff y Suzanne Laberge (1978) —los sociolingüistas que introdujeron el concepto en nuestro campo—, refleja

33. Esta asignación se realiza mediante la multiplicación del índice o la puntuación que le corresponde a un hablante, en relación con un factor, por un número determinado, que será mayor cuanto más importante se considere ese factor.

34. Por eso, en algunas investigaciones se prefiere trabajar con el nivel de instrucción, los ingresos o la profesión como variables autónomas, independientes, y no como componentes de una variable abstracta, como la clase.

35. Los modelos de organización social, por otro lado, se ven sometidos a fuertes cambios a lo largo del tiempo. En la sociedad romana se distinguían unas clases que no han pervivido en los países románicos: *senatorial, ecuestre, plebeya, la de los peregrinos y la de los esclavos* (A. Alvar Ezquerro, 1983).

conductas dependientes de las actividades socioeconómicas de los individuos. En un mercado lingüístico los hablantes que desempeñan ciertas profesiones tienden a hacer un uso normativo de la lengua, mientras que los que desempeñan otras profesiones no lo hacen, o no necesitan hacerlo, aunque ambos compartan unos mismos rasgos socioeconómicos. Piénsese, por ejemplo, en la necesidad que tiene un profesor o un locutor de un medio de comunicación de ajustarse a un modelo lingüístico prestigioso. Los hablantes, consecuentemente, ocupan diferentes lugares en el mercado, dependiendo de la necesidad que tienen de hacer un uso prestigioso de la lengua.

Sankoff y Laberge han visto en el mercado lingüístico un medio más adecuado que los estratos o clases sociales para estudiar la variación lingüística. El procedimiento para el análisis sociolingüístico consiste simplemente en poner en relación unas variables lingüísticas con unos índices de integración en el mercado lingüístico, que se consideran atributos de los hablantes. Para la asignación de tales índices se parte del juicio emitido por varias personas (jueces) sobre la historia de la vida socioeconómica de cada hablante. Al correlacionar el índice de integración en el mercado con las variables lingüísticas se puede llegar a comprobar que hay variantes que aparecen mayoritariamente en personas muy integradas en el mercado, mientras otras variantes se dan en individuos situados profesionalmente en la periferia del mercado. Así, en cuanto a la alternancia de *avoir* y *être*, en el francés de Montreal, los individuos integrados en el mercado lingüístico hacen generalmente un mayor uso de *être*, y lo mismo ocurre con el uso del pronombre *on* para el sujeto de primera persona del plural.

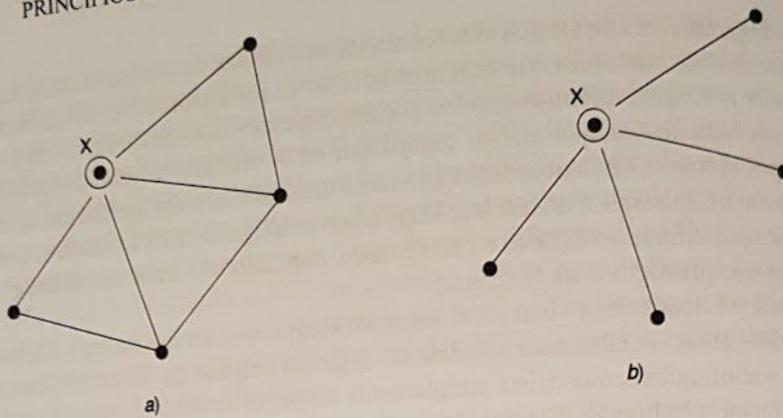
Aunque es mucho el interés de los estudios realizados a partir del concepto de «mercado», esta alternativa presenta algunos inconvenientes metodológicos que no se superan de forma sencilla: por ejemplo, resulta complicado demostrar la objetividad de los procedimientos seguidos para asignar a cada hablante un índice de integración en el mercado lingüístico. La posible subjetividad en la redacción de las historias de la vida socioeconómica de los hablantes, en la selección de los jueces y en los juicios emitidos por estos mismos, aconsejan manejar la variable «mercado» con suma cautela.

### *Red social*

El concepto de «red social» también responde a un deseo de manejar entidades menos abstractas que la «clase social». Según Lesley Milroy, primera responsable de la difusión del concepto entre los sociolingüistas, una *red social* es un entramado de relaciones directas entre individuos, que actúa como un mecanismo para intercambiar bienes y servicios, para imponer obligaciones y para otorgar los derechos que corresponden a sus miembros.

Parece claro que, si consideramos que una red está formada por individuos que establecen relaciones, estamos ante un principio que podría considerarse de validez universal. Estas redes disfrutan de distintos grados de *densidad* y de *multiplicidad*, según la fuerza de los vínculos que relacionan a los individuos entre sí y el número de individuos que las forman. En los estudios de redes, cada hablante recibe un índice numérico que refleja la estructura de la red a la que pertenece, de acuerdo con los principios de la densidad y la multiplicidad. Milroy lo explica así:

La medida usada en [...] Belfast para examinar la relación entre la variación lingüística y la estructura de la red fue una escala de seis puntos que medía los índices de los hablantes sobre cinco *indicadores* de multiplicidad y densidad (vecindad, parentesco, trabajo en el mis-



FUENTE: L. Milroy, 1980.

FIG. 2.3. Redes sociales (X: centro de la red). a) red de densidad alta; b) red de densidad baja.

mo lugar que otros vecinos, trabajo en el mismo lugar que otros vecinos del mismo sexo y amistad). Estos indicadores fueron interpretados como requisitos que, si se cumplían, sugerían la existencia de una red personal relativamente densa y múltiple. A cada individuo se le asignaba un punto por cada requisito que cumplía, de tal forma que el grado de fuerza de la red era la suma de los índices de los indicadores individuales.

La densidad de una red viene determinada por el número de miembros y, sobre todo, por las relaciones que se establecen entre los miembros que la componen, de modo que puede haber redes densas o de densidad alta, en las que todos los miembros mantienen algún tipo de relación con los demás, y redes de densidad baja, en las que algunos miembros se relacionan con los demás y en las que otros pueden no mantener ninguna relación entre sí (fig. 2.3).

Cuando las relaciones entre los miembros de una red responden a vínculos de naturaleza diversa (amistad, vecindad, compañerismo) se está ante redes múltiples; si esas relaciones se deben a un solo tipo de vínculo (por ejemplo, sólo la vecindad), se habla de redes de multiplicidad baja.

En la investigación sociolingüística se correlacionan las características de las redes (densidad, multiplicidad, fuerza) y de sus miembros con las variables lingüísticas correspondientes. Para llevar esto a la práctica se asigna a cada hablante un índice, construido a partir del tipo de red a la que pertenece y del número y el tipo de vínculos que establece con los demás miembros de la red. Este índice se correlaciona con las variables lingüísticas, de modo semejante a como se hace con la clase social o el mercado lingüístico, y sirve para distribuir a los hablantes a lo largo de un escala de fuerza de la red. Juan A. Villena (1997) ha comprobado que la densidad, la multiplicidad y la fuerza de la red influyen especialmente en los individuos menos instruidos y ha podido observar, en una red social andaluza, en Málaga, que estos hablantes de escasa instrucción rechazan nítidamente la distinción de los fonemas /s/ y /θ/, característica de las hablas castellanas y frecuente en algunos grupos sociales malagueños.

Pero también en este terreno se han comentado limitaciones o dificultades. Algunas se refieren a cuestiones muy específicas, como la medida y la cuantificación de la red o el estudio de las redes débiles. Los individuos que forman una red están integrados en ella en grados diferentes, que son medidos a través de los indicadores que hemos comentado (amistad, vecindad, etc.); el problema está en que los indicadores pueden variar de una co-

munidad a otra, es decir, la comparación de redes diferentes puede ser difícil si no se trabaja exactamente con los mismos indicadores. Por otro lado, las redes sociales débiles no son fáciles de estudiar debido a la movilidad y heterogeneidad de los miembros que las componen, lo que impide comparar satisfactoriamente a los miembros entre sí y unas redes débiles con otras. Además, las investigaciones de redes sociales ofrecen, no la imagen de conjunto de una comunidad, sino la imagen de algunos de los grupos que la componen: Milroy centró sus intereses en tres ámbitos de la clase trabajadora de Belfast; Villena (1988) ha incluido, en su proyecto de investigación del habla de Málaga, el estudio de ocho redes sociales urbanas; Ana Blanco (2005) estudió una red social de Alcalá de Henares (España), la correspondiente a una familia tradicional de esa ciudad, receptora de una importante inmigración. Estas investigaciones, no obstante, presentan la ventaja de manejar entidades sociales muy pegadas a la realidad y permitir la conjugación del concepto de «red» con el de «modo de vida».

Otra de las limitaciones que presentan los estudios de redes sociales es que no siempre han podido demostrar estadísticamente la existencia de correlación entre los miembros de la red, del tipo que sea, y la variación lingüística. Este hecho ha llevado a algunos investigadores a limitar el valor de las redes al mero procedimiento de obtención de datos naturales, es decir, a la aplicación de técnicas de naturaleza etnográfica (Labov y Harris, 1996; Kerswill, 1994; Labov, 2001). Villena Ponsoda (2003b), sin embargo, es partidario de reconocer el valor de las redes, en su relación con la variación lingüística, como un marco muy adecuado para interpretar correctamente la vida social de los hablantes, de influencia decisiva en la selección de sus opciones lingüísticas. A este modo de entender las redes lo llama *hipótesis interpretativa*.

#### *Modo de vida*

El concepto de «modo de vida», presentado por T. Højrup (1983) y desarrollado por J. Milroy (1992), pone en relación las redes sociales de pequeñas dimensiones con otras estructuras o grupos sociales de mayor entidad. Los *modos de vida* responden a un modelo en el que los grupos sociales son considerados como entidades internamente estructuradas y relacionadas con otros grupos. En este modelo, la conducta lingüística obedece más al poder de determinación de las redes y de las estructuras en las que se mueven los hablantes, que a los atributos percibidos como característicos de ciertos grupos sociales. Se da prioridad al tipo de actividad laboral y familiar y a las relaciones que los hablantes mantienen con otros miembros del grupo. A su vez, los grupos son considerados como consecuencia de las estructuras fundamentales de la sociedad, que dividen la población en modos de vida sustancialmente diferentes.

Los modos de vida que proponen T. Højrup y J. Milroy son básicamente tres. Si bien están pensados para comunidades occidentales industrializadas, esto no significa que no se puedan tener en cuenta otros modos de vida que aquí no se recogen, cuando realmente se den dentro de una comunidad. Los modos propuestos son los siguientes (J. Milroy, 1992: 206-220):

*Modo de vida 1.* Unidad primaria de producción (agricultura, pesca, pequeños servicios). Relaciones cooperativas entre compañeros de profesión. Familia implicada en la producción. Autoempleo. Escaso tiempo libre: cuanto más se trabaja, más se gana. Redes sociales densas y múltiples.

*Modo de vida 2.* Empleo en un sistema de producción que no es controlado por los trabajadores. Se trabaja para ganar un sueldo y poder disfrutar de periodos de tiempo libre. Relaciones laborales separadas del ámbito familiar. Cierta movilidad laboral. Redes de solidaridad con los compañeros y los vecinos.

*Modo de vida 3.* Profesión cualificada, capaz de controlar la producción y de dirigir los trabajos de otras personas. Tiempo de vacaciones dedicado al trabajo. Se trabaja para ascender en la jerarquía y adquirir más poder. Actitud competitiva con los colegas.

Los rasgos ideológicos que caracterizarían estos modos de vida serían «la familia» para el modo 1, «el ocio» para el modo 2 y «el trabajo» para el modo 3. Debe valorarse, no obstante, que el concepto de «modo de vida» es fundamentalmente estructural: los rasgos definidores de un grupo vienen dados por contraste con los de los demás modos. Desde otro punto de vista, las relaciones entre los tres modos de vida y las prácticas culturales asociadas a cada uno de ellos no tienen por qué ser exactamente iguales en todas las comunidades, por lo que, en un estudio contrastivo, sería importante describirlas con todo detalle.

Más arriba se ha hecho referencia a la estrecha relación que existe entre los conceptos de «red» y de «modo de vida». La forma en que ambos se articulan queda reflejada en el siguiente esquema, elaborado por James Milroy (1992: 215) (fig. 2.4).

El esquema refleja una estructura de naturaleza sociolingüística que incluye un macronivel, correspondiente a la estructura social, política y económica, un nivel intermedio, que correspondería a los modos de vida, y un micronivel, de redes sociales. Cuando estas redes suponen relaciones fuertes, favorecen el mantenimiento de unos usos lin-

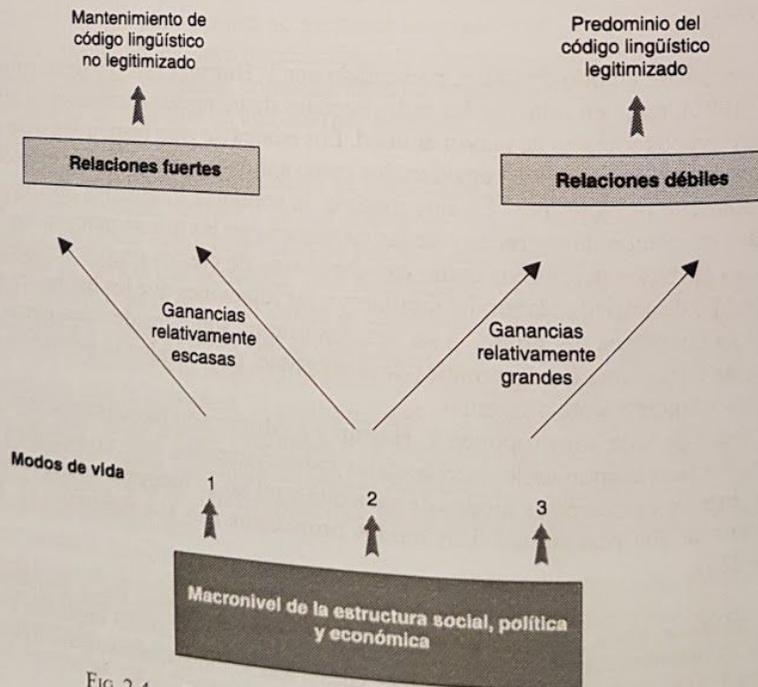


FIG. 2.4. Estructura sociolingüística, según J. Milroy (1992).

güísticos propios, aunque estén alejados del modelo «legitimizado» o de prestigio; cuando las redes ofrecen relaciones débiles, favorecen los usos lingüísticos normativos o de prestigio.

Hemos de señalar, finalmente, que la utilidad del concepto de «modo de vida» en sociolingüística requiere mayor experimentación, por más que esté llena de sugestivas posibilidades. Dentro del mundo hispánico se ha propuesto su utilización, de forma experimental y algo marginal, en el «Proyecto para el Estudio Sociolingüístico del Español de España y de América» (PRESEEA) (Moreno Fernández, 1993). Así, para el estudio del español de la ciudad de México, vinculado a PRESEEA, Lastra y Martín Butragueño (2000) han propuesto un sistema que asigna valores numéricos a los hablantes según su modo de vida y que consiste en sumar los valores asignados al modo de producción del hablante, al tipo de relación familiar y al empleo del tiempo libre. Para los modos de producción se distinguen ocho categorías (tradicción semirural, empleo informal, pequeños comerciantes, subempleados, obreros, burócratas, cuellos blancos y profesiones liberales); para las relaciones familiares se identifican tres categorías (familia implicada en la producción, separada de la producción y ceñida a la carrera); y también se dividen tres categorías para el empleo del tiempo libre (poco, claramente delimitado e innecesario). A partir de aquí se puede analizar la correlación con las variables lingüísticas.

#### La variable «nivel de instrucción»

Lo hombres doctos hablan y escriben con más elegancia y propiedad que el vulgo, y a veces con tanta diferencia, que parecen lenguas diversas.

(SEBASTIÁN DE COVARRUBIAS, *Tesoro de la lengua castellana o española*, 1611, s.v. *lengua*)

*Educación, nivel o grado de instrucción, estudios o escolaridad* son algunas de las denominaciones que ha recibido la variable que se refiere al tipo de formación académica o de titulación conseguidos por los hablantes, lo que está íntimamente relacionado con la cantidad de años que se ha estado estudiando. La sociolingüística, como otras disciplinas preocupadas por la lengua hablada, ha comprobado que el nivel educativo de los hablantes determina de forma directa y clara la variación lingüística: es normal que las personas más instruidas hagan mayor uso de las variantes que son consideradas como más prestigiosas o que más se ajustan a la norma. Este hecho puede tener consecuencias importantes en el ámbito del cambio lingüístico.

La variable «nivel de instrucción», por lo general, suele incluirse entre los factores integrantes de la clase social o del nivel sociocultural y, consecuentemente, en un gran número de investigaciones no ha tenido ningún protagonismo singularizado. Esto no quiere decir, sin embargo, que no sea importante o que su capacidad para determinar la variación lingüística sea pequeña; al contrario, estamos ante un factor de primer orden que merecería ser considerado como una variable independiente más, junto a otras como la edad o el nivel socio-económico, y no como un factor desdibujado dentro de un complejo y confuso concepto de «clase». Todo ello no es óbice para reconocer la relación directa que existe entre educación, profesión, clase, estatus y poder: cuanto más preparado se está, cuanto mejor formado, más posibilidades hay de desempeñar

profesiones que reporten mayores ingresos económicos, un estatus más alto y más elevadas cotas de poder.

La variable «nivel de instrucción» presenta algunos problemas compartidos con otras variables, principalmente la determinación de los límites entre niveles y la equiparación de los niveles de comunidades diferentes. Efectivamente, existe la posibilidad de recoger en una investigación sociolingüística todos y cada uno de los grados o títulos educativos que tienen un carácter oficial dentro de una comunidad, pero una clasificación tan minuciosa o muy oficialista no suele tener correspondencia exacta en la conducta lingüística, por lo que la mayoría de las veces puede carecer de sentido. Como consecuencia de ello, es frecuente que los estudios sociolingüísticos trabajen solamente con categorías generales: analfabetismo, enseñanza primaria, enseñanza secundaria, enseñanza universitaria. Pero no siempre es así: López Morales (1983: 27) distingue en Puerto Rico ocho grados de escolaridad (0-1 años de escolaridad; 2-6 años de escolaridad; 7-8 años de escolaridad; uno o más años de escuela secundaria; graduado de escuela universitaria; uno o más años de universidad; título universitario pregraduado; título universitario graduado); Samper (1990: 33-35) distingue en Las Palmas seis niveles de instrucción (analfabetos / sin estudios; primer grado; segundo grado, primer ciclo; segundo grado, segundo ciclo; tercer grado, nivel A; tercer grado, nivel B); Bentivoglio y Sedano trabajan con nueve grados (analfabeto; parte de la primaria; años de secundario/cursos de capacitación; educación secundaria completa/carreras técnicas; medio pregrado/colegio técnico superior; pregrado universitario completo; maestría; doctorado) (1993: 9).

A la vista de las distintas posibilidades que se ofrecen, extraemos como primera consecuencia que la división de niveles de instrucción ha de reflejar la realidad de cada comunidad estudiada. Ahora bien, si se manejan niveles amplios y referencias educativas susceptibles de generalización (indicando, por ejemplo, años de escolaridad) resulta mucho más fácil la comparación y el encuentro de paralelismos entre comunidades diferentes.

A propósito de la adecuación a la realidad de la comunidad estudiada y de las relaciones que la educación puede establecer con otros factores, Julio Borrego ha llevado a la práctica una experiencia singular y digna de comentario. Más arriba se ha hablado de los profundos vínculos que existen entre nivel de instrucción, profesión, clase, estatus y poder; pues bien, todo ello refleja modos de vida que tienen diferentes manifestaciones: mayores o menores posibilidades de viajar, mayor o menor contacto con personas de comunidades diferentes, mayor o menor contacto con los medios de comunicación social. A la hora de preparar la muestra para el estudio de Villadepera de Sayago (Zamora, España), Borrego (1981: 50-51) pensó que, en relación con los objetivos de su estudio, los factores «edad», «sexo», «grado de instrucción» y «viajes» (cantidad y duración de los viajes realizados) podrían funcionar como rasgos diferenciadores. Ahora bien, de haber utilizado todas estas variables para su muestreo, se habría visto obligado a distinguir 32 tipos diferentes de sujetos en una comunidad eminentemente rural, muy poco compleja sociológicamente.

Era conveniente, por tanto, buscar la acumulación y los extremos y favorecer así un juego más nítido de contrastes. La solución propuesta es reunir los factores *instrucción* y *viajes* en uno solo que puede llamarse algo así como *contacto con la norma* (se entiende, con la *norma lingüística estándar*) y que incluiría desde la influencia de los centros de enseñanza y las lecturas a los viajes, pasando por la de la radio, la televisión y las conversaciones con perso-

nas de uso lingüístico más o menos estándar. Al mismo tiempo se prescinde de los grados intermedios, de forma que en cada grupo de edades se procurará encontrar dos tipos de informantes: aquellos cuyo *contacto con la norma* sea el menor posible y aquellos cuyo contacto sea de los más amplios entre sus coetáneos.

Aunque no es habitual en sociolingüística el estudio de comunidades tan pequeñas como Villadepera (400 habitantes), la experiencia de Borrego y la propuesta sobre el *contacto con la norma* merecen tenerse en cuenta por su aplicabilidad en comunidades rurales o semi-rurales, como ha hecho Ana Ruiz (2003) para el estudio de varias comunidades rurales de la Comunidad de Madrid, en el centro de la península Ibérica.<sup>36</sup>

#### *La teoría del déficit de Bernstein*

Íntimamente ligadas a las variables «nivel de instrucción» y «clase social» están las investigaciones del sociólogo británico Basil Bernstein. Este investigador, preocupado muy especialmente por el proceso de socialización de los individuos, prestó mucha atención al lugar que ocupa el lenguaje en dicho proceso y lo puso en relación, desde principios básicamente psicolingüísticos, con la clase, la escolaridad y el contexto en que se mueven los hablantes.<sup>37</sup> Esto dio lugar a una teoría conocida como *teoría del déficit*, desarrollada por Bernstein entre 1958 y 1971 a partir de sus estudios sobre la sociedad británica.

La teoría del déficit distingue dos formas de expresión lingüística, de uso de la lengua o de *códigos*, que en un principio recibieron los nombres de *lenguaje público* y *lenguaje formal* y que después se han denominado, respectivamente, *código restringido* y *código elaborado*. El *código restringido* predomina en las clases o estratos trabajadores y el *código elaborado* en las clases medias. No está nada claro, desde una perspectiva lingüística, cuál es el referente de lo que Bernstein llama «código», pues no equivale ni a «sociolecto» ni a «estilo» ni, en un nivel más general, a «competencia»; tan sólo se habla de los códigos como modos o patrones de comunicación desarrollados durante el proceso de socialización.

En un primer momento, como ha quedado dicho, Bernstein se limitó a asociar el *código restringido* —con sus características lingüísticas— a los niños de la clase trabajadora, y el *elaborado* a los niños de la clase media. Sin embargo, posteriormente, prefirió ofrecer una interpretación más amplia, asociando los códigos a estilos de interacción, a procesos de cognición y a formas diferentes de interpretar la estructura social, y recalcando el carácter predecible del código restringido y el menos predecible del elaborado. Para Bernstein (1965), todos los hablantes, de cualquier clase social, tienen acceso a un código restringido, pero sólo algunos grupos tienen acceso al elaborado; en estos últimos, el código restringido se reserva para ciertas situaciones, normalmente de comunicación familiar. Esta es la caracterización del código restringido que presenta:

Si en virtud de sus relaciones de clase, es decir, como resultado de su función en la comunidad y de su estatus social, un grupo social ha creado sólidos nexos comunales; si sus relaciones de trabajo son poco variadas; si toma pocas decisiones; si, para tener buen éxito, la

36. González Ferrero (1991), sin embargo no tiene en cuenta la variable «contacto con la norma», sino que distingue ocupación, estudios y nivel socioeconómico, además del sexo y la edad.

37. Como experimentos afines al de Bernstein, en los que se intenta poner en relación, desde la psicología, la clase social, la escolaridad y los usos lingüísticos, destacan los de Fries (1940) y los de Schatzman y Strauss (1955). Para una introducción general a estos estudios, véase W. P. Robinson (1978).

aserción ha de ser colectiva, más que individual; si el trabajo exige manipulación y control físico, más que organización y control simbólicos; si la autoridad que el hombre pierde en su trabajo se transforma en autoridad de poder en casa; si el hogar está sobrepoblado y limita la variedad de situaciones que puede ofrecer; si los niños se socializan entre sí en un ambiente que pocos estímulos intelectuales ofrece; si se encuentran todos esos atributos en un ambiente, entonces cabrá suponer que dicho ámbito social generará una forma especial de comunicación, que modelará la orientación individual, social y afectiva de los niños. Tal código hará hincapié verbalmente en lo comunitario, más que en lo individual; en lo concreto, más que en lo abstracto; en la sustancia, más que en la elaboración de procesos; en el aquí y ahora, más que en la exploración de motivos e intenciones, y en formas de control social por la posición, más que personalizadas.<sup>38</sup>

La teoría del déficit se preocupa por los niños de familias y de barrios económicamente pobres cuyo uso de la lengua es claramente deficiente o «deficitario», comparado con el uso que hacen las clases medias. Teóricamente los niños de clases trabajadoras disponen de unos recursos lingüísticos y de unos instrumentos cognoscitivos limitados, que pueden ser una barrera en la escuela y provocan fracaso escolar, dado que en ella se hace uso habitualmente de un código elaborado. Como ha señalado Fasold (1990: 269-270), este hecho sugirió a algunos educadores en los Estados Unidos de América la necesidad de reducir el fracaso escolar mediante la implantación de programas de apoyo o compensatorios destinados a niños de la clase trabajadora. Ahora bien, admitiendo que la escolarización contribuye a la adquisición o al dominio del código elaborado, es justo advertir que esto puede suponer, además de la erradicación total del código restringido, la alienación del individuo respecto de su grupo de procedencia y de su tradición local.

Por su parte, el *código elaborado*, menos predecible que el restringido, abre la posibilidad de la individuación, por estar más orientado hacia la persona como tal que hacia la posición del individuo dentro de un grupo. Bernstein (1964) afirma lo siguiente:

El usuario del código elaborado hallará la lengua como un juego de posibilidades teóricas disponible para la transmisión de experiencias únicas en su género. El concepto de la identidad misma —contra lo que ocurre con el código restringido— se diferencia verbalmente, de modo que mediante unas regulaciones propias se convierte en objeto de actividades especiales de percepción. En el hablante limitado por el código restringido, el concepto de la identidad tenderá a fraccionarse por las implicaciones de los acuerdos de estatus. Aquí no hay problema de identidad, porque este problema no es relevante.<sup>39</sup>

Los rasgos lingüísticos que se asocian a uno u otro código, con diferencias primordialmente de orden cuantitativo, son los siguientes:

*Código restringido (lenguaje público)*

1. Lenguaje gramaticalmente sencillo, a menudo con oraciones inconclusas, pobres en su forma sintáctica.
2. Uso sencillo y repetitivo de conjunciones. Apenas se emplean las cláusulas subordinadas.
3. Uso frecuente de interjecciones.

38. Fragmento traducido al español en W. P. Robinson (1978: 143).

39. Traducido al español en B. Schlieben-Lange (1977).

4. Dificultad para mantener un tema a lo largo del discurso.
5. Uso restringido y limitado de adjetivos y adverbios.
6. Empleo poco frecuente de los pronombres impersonales como sujetos de cláusulas condicionales.
7. Uso frecuente de enunciados categóricos.
8. Uso frecuente de enunciados / frases que indican petición de refuerzo de la secuencia de habla anterior: *¿No es así?, ¿Ves?, Ya sabes*, etc.
9. Número limitado de vocablos; escasez de sinónimos.
10. Transmisión implícita de significados.

*Código elaborado (lenguaje formal)*

1. Orden gramatical adecuado.
2. Uso de una variada serie de conjunciones y cláusulas subordinadas.
3. Uso frecuente de preposiciones que indican relaciones lógicas y de preposiciones que denotan contigüidad temporal y espacial.
4. Uso frecuente del pronombre personal *yo*.
5. Elección cuidada de adjetivos y adverbios.
6. Organización adecuada de la información.
7. Uso del lenguaje adecuado a una organización conceptual compleja.
9. Número extenso de vocablos; manejo adecuado de sinónimos.
8. Transmisión explícita de significados.

Esta relación de rasgos lingüísticos nos indica que los usuarios de un código restringido tienen importantes limitaciones en el ámbito de la gramática, el léxico y la pragmática. Las características de cada código se reciben en un entorno cultural y lingüístico determinado y se transmiten de una generación a otra, perpetuando unas pautas lingüísticas, cognoscitivas y sociales.<sup>40</sup>

Pero la teoría del déficit, desarrollada poco a poco, perfilada experimento a experimento, ha recibido críticas desde frentes muy diversos, incluida la propia sociolingüística. Para entender adecuadamente esas críticas no hay que olvidar que la teoría no está hecha por lingüistas, ni para lingüistas ni con fines lingüísticos. Los reproches podrían resumirse en unos cuantos puntos. En primer lugar, algunos lingüistas han argüido que los usos deficitarios de la lengua no son tales sino, simplemente, formas diferentes de usar esa lengua (Romaine, 1996: 233). Por otro lado, no han sido pocos los que han llamado la atención sobre las deficiencias e imprecisiones de los conceptos y análisis de Bernstein, dejando al margen la imposibilidad de vincular la teoría del déficit a teoría lingüística alguna (López Morales, 2004: 187-196). Para colmo de males, la teoría del déficit se relacionó, creemos que injustamente, con las ideas de Arthur Jensen (1969), para quien la capacidad intelectual de los niños negros era genéticamente inferior a la de los niños blancos. Estas ideas provocaron la reacción inmediata de muchos intelectuales, entre ellos algunos sociolingüistas, que repercutieron negativamente en la aceptación de las propuestas de Bernstein (Baugh, 1988).

40. Es importante tener en cuenta que el uso de códigos restringidos y elaborados se ha llegado a poner en relación con el uso de la variedad baja y la variedad alta en una situación de diglosia (véase capítulo 13) y con el uso de las variedades más o menos prestigiosas de una lengua (Fasold, 1996; Trudgill, 1975a: 93).

### La variable social «profesión»

De las voces propias pertenecientes a Artes liberales y mecánicas ha discurrido la Academia hacer un Diccionario separado, quanto este se haya concluido: por cuya razón se ponen sólo las que han parecido mas comunes o precisas al uso, y que se podian echar menos.

(REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de Autoridades*, 1726)

Entre los modelos sociológicos —y sociolingüísticos— basados en la estratificación social, la *profesión* u *ocupación* es uno de los factores capaces de indicar la pertenencia de los individuos a unas clases o a otras, a la vez que el parámetro más nítidamente ligado al concepto de estatus. La función social de una persona, la actividad que realiza en una comunidad, está en relación directa con el lugar que ocupa en la jerarquía social y la valoración que de ella hacen los demás miembros de la comunidad.

En este caso, como ocurre con otras variables sociales, la sociolingüística también ha comprobado que la profesión de los hablantes influye de forma directa sobre la variación lingüística. Para Manuel Alvar (1976: 114), el *gremio* es uno de los factores que determinan la estructura lingüística del individuo, junto a los grupos especiales, el hogar y la comunidad inmediata. Habitualmente las personas que desempeñan profesiones más prestigiosas hacen mayor uso de las variantes más prestigiosas de una lengua y más ajustadas a la norma. En este punto ha de recordarse lo comentado más arriba acerca del mercado lingüístico y el uso de las variedades de prestigio: profesión y mercado son conceptos que inciden sobre una misma realidad.

La variable «profesión» suele incluirse entre los factores integrantes de la clase social o del nivel sociocultural y, por lo tanto, en muchos estudios no ha tenido ningún protagonismo singularizado. Pero tampoco ahora estamos ante una variable poco importante: la profesión influye sobre la variación lingüística, aunque sea innegable la estrecha vinculación que existe entre educación, clase, estatus, poder y profesión.

Los problemas que presenta la variable «profesión» son parecidos a los de otras variables: el establecimiento de tipos o categorías profesionales dentro de una comunidad y la equiparación de las categorías de comunidades diferentes. Aquí también, las profesiones estudiadas por los sociolingüistas han de reflejar la realidad de una comunidad, aunque es evidente que, si se manejan categorías amplias y susceptibles de generalización, saldrá beneficiada la comparabilidad de los estudios.

Las categorías profesionales que manejan los sociolingüistas son tomadas casi siempre de las investigaciones sociológicas, que suelen proponer siete grupos, tal y como ha distinguido Samper (1990: 40-41) en Las Palmas: 1) obreros sin calificar; 2) obreros con cualificación; 3) empleados medios; 4) pequeños empresarios autónomos; 5) medianos empresarios; 6) profesionales liberales. 7) altos directivos y grandes empresarios.<sup>41</sup> Ya hemos visto que, para construir los modos de vida, Lastra y Martín Butragueño (Lastra, 2000) proponen ocho modos de producción, referidos a la actividad laboral del individuo. Bentivoglio y Sedano (1993: 8-9), sin embargo, han distinguido cinco categorías, contan-

41. J. A. Moya y E. J. García Wiedemann (1995: 51-52) tienen en cuenta la profesión como componente del nivel sociocultural. En su trabajo sobre Granada reducen las siete categorías que maneja Samper a tres.

do también con la opinión de especialistas en sociología: 1) buhoneros y vendedores ambulantes, obreros no especializados urbanos, obreros campesinos, servicio doméstico, especializados, artesanos, mecánicos, vendedores en tiendas, cobradores, ayudantes técnicos, policías y guardias, soldados; 2) pequeños comerciantes, secretarios y oficinistas, obreros especializados, artesanos, mecánicos, vendedores en tiendas, cobradores, ayudantes técnicos, supervisores; 3) profesionales universitarios, personal docente de educación media y primaria, pequeños empresarios y productores, mandos intermedios, del sector público y privado, militares con graduación, medianos empresarios y productores, docentes universitarios; 4) profesionales universitarios de libre ejercicio, gerentes medios, altos funcionarios del poder ejecutivo, legislativo y judicial, altos oficiales del ejército, grandes empresarios privados, grandes hacendados, altos ejecutivos del sector público y privado.

Cuando las comunidades estudiadas no son grandes ciudades sino núcleos más reducidos, las categorías también han de ceñirse a la realidad social. En el estudio sociolingüístico de diversos actos de habla coloquiales realizado en Quintanar de la Orden (Toledo) (Moreno Fernández, 1989a), distinguimos como variantes de la variable «profesión», para hombres y mujeres, las siguientes categorías: agricultores, comerciantes, albañiles, hosteleros, obreras (fábrica), amas de casa y estudiantes.

Al correlacionar las profesiones con hechos de naturaleza lingüística se ha podido apreciar una preferencia por los usos más prestigiosos de las profesiones también más prestigiosas. Asimismo, Manuel Alvar (1976: 76-77) ha tenido oportunidad de analizar el carácter arcaizante o innovador del habla de personas que desempeñan profesiones diferentes en una pequeña comunidad, Roque de las Bodegas, en las Islas Canarias, y ha llegado a conclusiones muy interesantes. Las profesiones que se tienen en cuenta son «campesino» y «pescador» y se relacionan con el contraste que se produce entre las hablas urbanas y las rurales:

El habla del campesino es aquí más innovadora que la del pescador, pero no tanto por el arcaísmo de ésta, sino por cierta resistencia a los neologismos rurales que en aquél se dan. De este modo se deduce que el habla del labrador acepta —o crea— modificaciones que podríamos llamar no urbanas, que serán rechazadas en la capital por su rusticidad, mientras que el marinero, no arcaizante por sí mismo, viene a serlo en el cotejo: para él tiene un imperativo mayor la norma ciudadana y ofrece, en las relaciones de su habla, un estado más concorde con la normalidad general.

La covariación de lengua y profesión tiene su reflejo en todos los niveles de la lengua —como en otras variables sociolingüísticas— (Duarte y Feitosa, 1998), pero es en el léxico donde encuentra su expresión más evidente: los rasgos que caracterizan el habla de ciertos grupos profesionales son rasgos mayoritariamente léxicos. Esta puerta nos lleva directamente al ámbito de las jergas profesionales, que será tratado cuando nos refiramos a las variedades lingüísticas. Por otra parte, nos conduce a la posibilidad de aplicar los conocimientos sociolingüísticos de que disponemos para el desempeño de profesiones concretas, sobre todo aquellas que tienen su fundamento en la expresión y la interacción comunicativa: educación, psiquiatría, investigación forense, traducción e interpretación (Trudgill, 1984).

### La procedencia y los barrios

Concurriendo a estas partes mucha gente de diuersas partes i que habla vna misma lengua castellana, en poco tiempo, con alguna aduertencia, se conoce cuál es de Castilla la Vieja, cuál de la Nueva, quién de Estremadura i quién del Andalucía i el tiempo que a que reside en la Corte o vniversidad por sólo el modo de hablar.

(BERNARDO DE ALDRETE, *Del origen y principio de la lengua castellana o romance que oi se usa en España*, 1606)

La procedencia geográfica del hablante y el barrio de residencia son variables pertinentes para la correcta interpretación de algunos fenómenos sociolingüísticos. Esto ocurre con regularidad en los estudios sobre comunidades del mundo hispánico, en las que durante los últimos 50 años se han dado importantísimos movimientos migratorios del campo a la ciudad. Y no es ésta cuestión de poca importancia en sociolingüística porque la configuración última de muchas hablas urbanas ha contado con el aporte de hablas rurales muy diversas (Bortoni, 1989). A este respecto Manuel Alvar (1972a: 185) ha escrito lo siguiente:

Una y otra vez, al comparar los niveles urbanos he señalado la vinculación de los grupos económicamente menos desarrollados con las motivaciones rurales. Es más, de una u otra manera, con correlación geográfica próxima o remota, según mis materiales y sin salirnos de la geografía isleña [Islas Canarias], hemos comprobado que las gentes sin instrucción van de acuerdo con las realizaciones campesinas y no con las clases instruidas de la capital. Se confirma —una vez más— la tesis de la proletarización urbana del campesinado y del acercamiento entre las gentes menos dotadas para acceder a los bienes materiales: esto es, se ha creado una nivelación en la base de la estructura porque las gentes se han acercado en la nueva realidad, y este acercamiento entre campesinos y obreros ha repercutido sobre la lingüística aproximando el habla de unos y otros.

«Campo» y «ciudad», en sociedades como la española o las hispanoamericanas, son conceptos hermanos y en contraste para el estudio de las hablas urbanas.<sup>42</sup> Como muestras de investigaciones en las que se ha tenido en cuenta la procedencia de los hablantes, se pueden tomar los trabajos de Humberto López Morales sobre San Juan de Puerto Rico (1983: 137-143; 147-153) o de Leonor Rosado sobre México. López Morales explica que hay usos lingüísticos en San Juan que tienen un claro origen rural (velarización de la vibrante múltiple), como hay usos típicamente capitalinos (pronunciación fricativa de *ch*). Leonor Rosado (2005) demuestra que los inmigrantes llegados a la ciudad de México des- de Yucatán favorecen las soluciones fonéticas que los identifican como yucatecos (la realización glotal de /p, t, k/ o la pronunciación oclusiva de /b, d, g/ intervocálicas). Este tipo de situaciones de dialectos en contacto se producen como consecuencia de una migración internacional (generalmente, del campo a la ciudad), aunque también existe una migración internacional de consecuencias lingüísticas muy interesantes. Así, Ricardo Otheguy y Ana Celia Zentella dirigen el «Proyecto CUNY» sobre el español en Nueva York, donde se analiza, entre otros muchos aspectos, el modo en que se influyen mutua-

42. Sobre la influencia de las ciudades en el habla de las comunidades rurales se viene escribiendo desde hace muchos años (Jaberg, 1905: 8-9; Dauzat, 1922: 191-216).

mente las variedades del español que allí se dan cita (el español de los inmigrantes puertorriqueños, cubanos, dominicanos, colombianos, mexicanos, ecuatorianos) (Otheguy, 2005).

En lo que se refiere al barrio, se debe advertir que son muchos los sociolingüistas que, por razones diversas, prefieren abordar el estudio de las grandes ciudades de forma parcial, mediante el análisis de uno o varios de los barrios que las componen: en Belfast se han estudiado redes sociales de barrios obreros; el estudio de Copenhague se ha centrado en el barrio de Nyboder, donde se concentra un número significativo de hablantes del dialecto danés de la ciudad (Gregersen y Pedersen, 1991); en Berlín se han analizado las repercusiones sociolingüísticas de la división política que vivió la ciudad (Dittmar y Schlobinski, 1988).

Aparte de ser un factor ligado al nivel socioeconómico de los individuos, el barrio es un elemento muy relacionado con la variable «procedencia geográfica» porque es habitual la concentración de individuos de un mismo origen en unas mismas zonas de las ciudades: hay barrios tradicionales, en los que viven personas cuya ascendencia es originaria del propio lugar, y barrios receptores de inmigrantes. Esto, a su vez, tiene repercusiones lingüísticas muy importantes porque, en el caso de España, por ejemplo, al hablar de *procedencia* se está haciendo alusión implícita a una dimensión geolingüística: la gente de cierto origen, usuaria de cierta variedad lingüística (dialecto), puede haberse asentado principalmente en un barrio determinado, y la de otro origen —geográfico, lingüístico—, en una zona distinta. En algunos barrios o municipios periféricos de Madrid hay una importante concentración de personas procedentes de Extremadura o de Andalucía, lo que les confiere una peculiar imagen lingüística, sobre todo cuando se compara el habla de los inmigrantes con la de sus descendientes, de primera y de segunda generación. Martín Butragueño (1991; 2002) ha analizado un amplio número de procesos fónicos en el habla de Getafe (cerca de Madrid, importante receptor de inmigrantes) y, a propósito del mantenimiento de la pronunciación plena de /s/ (frente a la aspiración o la elisión), concluye que esa articulación se ve favorecida por los hablantes procedentes de la ciudad de Madrid y por los inmigrantes procedentes de la región de Castilla y León (al norte de la Península), más conservadores, mientras que no se ve favorecida por los inmigrantes procedentes de Extremadura o de Andalucía, sobre todo en este último caso, de fonética más innovadora.

La importancia de los barrios en el desarrollo sociolingüístico de las ciudades puede llegar a ser muy grande. Una prueba de ello la proporcionan Moya y García Wiedemann en su estudio del habla de Granada (1995: 230-232): en esta ciudad del sur de España, los dos barrios tradicionales (Albaicín y Realejo) siguen unas normas de conducta lingüística que se oponen radicalmente a las que se observan en otras zonas de la ciudad. En los barrios nuevos la norma mayoritaria, en cuanto a la distinción de *s* y *z*, el *seseo* o el *ceceo*, es la distinción; en los barrios tradicionales, la norma casi única es el *seseo*. Esto hace que la mayor parte de la ciudad andaluza de Granada tenga actualmente como norma principal la *distinción* (entre el 60 % y el 70 %) y que el *seseo* quede relegado a un segundo plano (entre el 25 % y el 33 %). La implantación de la distinción, para Moya y García Wiedemann, corre paralela al crecimiento y transformación de la ciudad, propagándose con fuerza por los barrios y las zonas más nuevas. El *seseo* ha resistido en las zonas en que se ha mantenido una estructura sociológica tradicional. El *ceceo* prácticamente ha desaparecido, víctima de su desprestigio y de su vinculación a las hablas rurales.

**Raza y etnia**

La cual pronunciación es propia de judíos y moros, de los cuales, quanto io pienso, las recibió nuestra lengua.

(E. ANTONIO DE NEBRIJA, *Gramática de la lengua castellana*, 1492)

A lo largo de la historia han sido constantes los desplazamientos de poblaciones que han llevado a la convivencia, en unas mismas comunidades, de personas y grupos de diferente raza y de diferente etnia. Generalmente, al hablar de raza se hace alusión a una cuestión genética, perceptible por el color de la piel, que puede tener implicaciones lingüísticas, sociales y culturales. Cuando se habla de etnia, se suele hacer referencia a un grupo humano que comparte unos rasgos y unos valores culturales (concepto de familia, creencias religiosas), que es identificado por los demás como grupo y con unas características lingüísticas que permiten su identificación interna y externa. De este modo, se habla de raza al pensar en la población negra de los Estados Unidos, por ejemplo, y se habla de etnia al pensar en la población hispana de ese mismo país. En este último caso, los hispanos tienen en común la lengua y las creencias religiosas, además de otros valores culturales, pero pueden ser de razas diferentes.

Esta diferenciación entre raza y etnia, aparentemente tan simple, se complica hasta el infinito si se reflexiona sobre el modo en que se aplica en la sociedad, porque la raza, aparte de un hecho biológico, también es resultado de una elaboración social y porque la etnia, como concepto social, se confunde frecuentemente con la raza. Hasta tal punto resulta complejo el concepto de raza desde el punto de vista social, que en países diferentes se puede interpretar de manera distinta. En los Estados Unidos, los hijos de matrimonios mixtos de blancos y negros son adscritos, desde el momento de su nacimiento, a la raza negra y las leyes de asignación de estatus racial pueden hacer que se clasifique como negra, por muy blanca que sea su piel, a una persona que haya tenido un antepasado negro, por muy remoto que fuera. En Brasil, en cambio, la asignación de raza es fenotípica, de modo que dos hermanos pueden ser clasificados como de raza distinta si es distinto el color de su piel y los hijos de matrimonios mixtos se asignan, si es el caso, a la categoría intermedia de mestizo (*pardo*), que incluye tres tipos principales: *mulato* (mestizo de blanco y negro), *mameluco* o *caboclo* (mestizo de blanco e indio) y *cafuso* (mestizo de indio y negro) (Kottak, 1996: 81-89).

En el mundo hispánico, aunque los grandes grupos raciales han sido los blancos, los indios y los mestizos (junto a los negros en la región central), tradicionalmente se han distinguido, al menos en la cultura popular, muchos tipos de mestizos, según la raza de los padres y las madres. En un conocido estudio de Manuel Alvar (1987), se explican hasta 82 formas de mestizaje: de blanco e india: *mestizo*; de mestizo y española: *castizo*; de castizo y mestiza: *chamizo*; de chamizo y mestiza: *coyote mestizo*; de blanco y negra: *mulato*; de coyote mestizo y mulata: *ahí te estás*. En México, en el siglo XVIII, se hablaba de siete razas:  *europeos (chapetones o gachupines), criollos, mestizos, mulatos, indios, negros y chinos* (de negros e indios). En el Caribe y en otros lugares de América era común distinguir el grupo de los *isleños*, gente de raza blanca procedente de las Islas Canarias (Alvar, 1987: 50-51). Todas estas denominaciones, de un modo u otro, forman parte del acervo lingüístico y cultural de Hispanoamérica. Cosa distinta es saber o descubrir si cada categoría venía y viene caracterizada por unas marcas lingüísticas específicas.

En relación con este tema, es obligado resaltar la trascendencia de los trabajos de los sociolingüistas en el rechazo de los planteamientos racistas y de las creencias populares sobre la incapacidad de los miembros de determinadas razas para aprender, en general, o para manejar la lengua de una forma adecuada y socialmente aceptada (Baugh, 1988). A propósito de las correspondencias entre lengua y raza, merece la pena detenerse brevemente en el comentario de dos grupos de población: los negros en el Caribe hispano, en relación con el español, y los negros de los EE.UU., en relación con el inglés. Para un caso y para otro, más allá de su origen e historia particulares, vale decir que las diferencias lingüísticas entre personas de distinta raza dentro de una comunidad generalmente son reflejo de la distancia que existe entre unos grupos y otros, así como del grado de integración y convivencia social en cada lugar.

Como es sabido, la presencia de la raza negra en el Caribe hispánico se debió históricamente a los movimientos de población forzados por la esclavitud, con el fin de conseguir mano de obra para el cultivo de la caña de azúcar. Ahora bien, en lo que se refiere a la actualidad sociolingüística de esta región, la afirmación de López Morales es de una rotundidad manifiesta (2004: 136):

El caso del Caribe hispánico donde, en igualdad de condiciones sociales, no se encuentran diferencias lingüísticas entre blancos y negros es una prueba palpable, entre otras muchas, de que la raza *per se* no condiciona al hablante al uso de determinada variedad. Tienen que estar presentes otros factores que son los verdaderamente determinantes: diferencias de nivel sociocultural, inmigrantes recientes, condiciones de *substratum* o diversa procedencia de las variedades manejadas.

Así pues, la raza no es factor que condicione *per se* el habla de esta comunidad. Tales argumentos contrastan con las tesis de Jensen, que sostenían que las diferencias lingüísticas entre blancos y negros están unidas a diferencias genéticas en la capacidad intelectual de unos y otros.<sup>43</sup> Para López Morales, si existen diferencias de nivel sociocultural, éstas suelen ser de carácter cuantitativo, especialmente cuando se dan en ciudades dinámicas, con posibilidades de movilidad social para todos sus miembros, sean de la raza o la etnia que sean. Por otro lado, en el Caribe sí es posible encontrar algunos elementos lingüísticos de origen africano, relacionados directamente con la raza negra, pero se inscriben más en el plano etnográfico de la lengua que en el puramente sociolingüístico. Así, hallamos hoy formas léxicas relacionadas con el mundo de la comida, la música, el baile y la santería, en buen número procedentes del yoruba; unas son de uso más general y otros restringen su empleo a ciertas actividades (*guarapo* 'jugo de la caña dulce', *ñame* 'raíz comestible', *marimba* 'instrumento musical', *vudú* 'creencia y práctica religiosa', *babalaawo* 'sacerdote de Santería', *oba* 'rey', *orisha* 'deidad de la Santería', *ashé* 'poder divino') (González-Wippler, 2002; Sánchez Méndez, 2003: 222-230).<sup>44</sup> Más adelante nos referiremos a los criollos de los negros en el mundo hispánico, como es el caso del *palenquero*, en Colombia.

El habla de la población negra de los Estados Unidos, también denominada africano-americana, ha sido un tema recurrente en los estudios de la lengua inglesa hablada, in-

43. Otros autores prefieren hablar de diferencias de mentalidad: mentalidad oral (en negros) frente a mentalidad «alfabetizada» (en blancos). Véase la alusión a las teorías de Thomas J. Farrell en J. Baugh (1988: 67-71).

44. En Brasil también se conoce este fenómeno. El candomblé, culto afro-brasileño, aporta una serie de elementos lingüísticos, principalmente léxicos, que se han ido incorporando a la lengua general (Póvoas, 1989).

cluidos los trabajos de William Labov. Una de las investigaciones más importantes a este respecto es la realizada por Wolfram en los años sesenta sobre la sociolingüística del habla de los negros de Detroit. El inglés de los negros, llamado *inglés negro vernacular* o *inglés vernáculo africano-americano* (en inglés, también *ebonics*) es una variedad lingüística, que caracteriza a una parte importante de la población de raza negra y que muestra rasgos diferenciados del inglés normativo. Esta variedad está asociada principalmente a los grupos más aislados de la población negra, por razones de educación, residencia y profesión, así como a los estatus más humildes, si bien hay que tener muy en cuenta que ni todos los hablantes de inglés africano-americano son negros —aunque sean mayoría— ni todos los negros hacen uso de él (Rickford, 1999).

Entre los rasgos más característicos de este inglés los hay de diversos niveles: en la gramática se produce una ausencia de la marca de tercera persona en las formas verbales o la supresión de la cópula (Baugh, 1982; Dillar, 1972; Labov, 1972b); en el nivel fónico se produce la pérdida de -g final del grupo -ing, la pérdida de -t en -st, la pronunciación de *th* como [d], la nasalización de *a* en *mã* (de *man* 'hombre') o la indistinción vocálica entre *pen* y *pin*; en el léxico, hay ciertos vocablos característicos, que responden a orígenes diversos (*bogus* 'falso', *hommie* o *dog* 'amigo, colega', *boo* 'chica, novia', *big-eye* 'avaricioso'). Esta variedad de inglés, que podría considerarse un *etnolecto*, se ha interpretado como una lengua criolla, procedente de un antiguo pidgin de la época de la esclavitud, en proceso de descriollización, esto es, de convergencia con el inglés normativo, con el que comparte muchos rasgos. Otras hipótesis la vinculan con las variedades del sur de los EE.UU. y, por tanto, sitúan su origen en el seno de la lengua inglesa.

En lo que se refiere más específicamente a la etnia —que también tiene sus implicaciones raciales y que, de hecho, en muchos casos se utiliza en lugar del concepto de raza— destacamos dos tipos de situaciones. Por un lado, la coexistencia de etnias dentro de los territorios hispanohablantes y, por otro, la convivencia de etnias de origen hispánico en dominios de otras lenguas. Naturalmente, todas estas posibilidades de coexistencia tienen sus repercusiones lingüísticas tanto en un sentido como en el otro, desde y hacia el español.

Dentro del mundo hispánico conviven etnias diferentes cuando hay población de cultura indígena incorporada recientemente a las comunidades urbanas, como pueda ser el caso de los indígenas de las zonas de montaña de Perú o Ecuador o los indígenas de México que deciden sumarse a la vida de las grandes ciudades. Esa circunstancia podría explicar la distribución sociolingüística, en una ciudad como Quito, de la alternancia *estar en cama-estar en la cama*, por influencia de la lengua de los indígenas quechuas. En la ciudad de México, por influencia de los hablantes de náhuatl, se encuentra el sonido fricativo sorido [ʃ], principalmente en la pronunciación de indigenismos, que entra en un juego de variación con [s] (Lope Blanch, 1972: 93-107).

Cambiando de continente, en muchos núcleos urbanos de España se produce la convivencia interétnica de *gitanos* y *payos* ('no gitanos'). Los gitanos forman un pueblo diseñado por muchos países del mundo —una comunidad «no territorial»— que ha conservado durante siglos su propia estructura social y unos modos de expresión característicos (Maia, 1992; Courthiade, 1989). El habla gitana, en su conjunto, recibe el nombre de *romaní* y es una variedad lingüística indoeuropea, convertida en seña de identidad, cuyas características y usos son muy irregulares entre los diferentes grupos de gitanos. Por lo general, los gitanos se desenvuelven en la lengua de su entorno, de la sociedad en la que viven, e incorporan, en mayor o en menor medida elementos léxicos, fraseológicos y textuales recibidos de su propia tradición, una tradición cuyos hilos más largos llegan al sánscrito.

El habla gitana de España, llamada *caló*, se ha perdido en la práctica: tan sólo se conservan, de forma desigual, algunas voces y giros, a menudo deformados, que salpican el español hablado por los gitanos: *camelar* 'seducir, engañar', *choro* 'ladrón', *gachí* 'mujer', *piltra* 'cama', *chamuyar* 'hablar'. El gran número de gitanos residentes en la región meridional de la península Ibérica, la importancia de lo gitano en el flamenco y el más extendido de los tópicos han hecho que se asocie estrechamente el habla gitana a las hablas andaluzas más particulares, pero debe tenerse en cuenta que, aunque esta asociación exista, no es la única realidad posible: hay gitanos andaluces, de habla andaluza, que utilizan pocos términos del *caló* y otros que utilizan muchos —a veces se producen diferencias sociolingüísticas notables—, como hay gitanos castellanos o de otras regiones que no son hablantes de modalidades andaluzas y que echan mano de elementos del *caló* con distinto grado de intensidad. Hay que valorar también que el *caló* ha sido el modo de expresión de una etnia históricamente apartada y perseguida, y que ha estado en contacto con jergas marginales —la de los delincuentes, por ejemplo— con las que ha intercambiado numerosos elementos léxicos que, en algunos casos, han pasado a la lengua general.

Sin abandonar aún España, es obligado hacer mención del crecimiento de la inmigración, que también está llevando a la convivencia de gente y de lenguas de etnias diferentes. El proceso inmigratorio más reciente se está concentrando principalmente en Madrid, Cataluña, Valencia y Andalucía y, de los extranjeros llegados, alrededor de un 40 % procede de Hispanoamérica (lo que está produciendo una interesante situación de dialectos en contacto), un 20 % de África (sobre todo de los países del Magreb) y alrededor de un 15 % de países del Este de Europa (hay muchos polacos, por ejemplo) (Fernández y Villalba, 2005). En estos casos, es habitual que los inmigrantes, al usar la lengua o variedad de la nueva comunidad, acusen la presencia de transferencias lingüísticas desde la lengua materna: cuando se producen movimientos de población se da lugar a la aparición de fenómenos de sustrato, que consisten en la pervivencia de rasgos de la lengua de la etnia de origen. Por lo general, los inmigrantes intentan hacer un uso adecuado, desde un primer momento, de aquellos rasgos lingüísticos que son socialmente significativos en la nueva comunidad, mientras que los rasgos más irrelevantes desde un punto de vista social se adquieren más tarde o incluso es posible que nunca lleguen a adquirirse. La variación en la lengua de este tipo de hablantes está fuertemente condicionada por su nivel sociocultural y por el tiempo de residencia en el lugar de destino.<sup>45</sup>

Finalmente, encontramos situaciones de convivencia de grupos de origen hispánico en dominios de lenguas diferentes del español: por ejemplo, allí donde se utiliza el *judeo-español* o *sefardí* (Israel, Turquía) y en el caso de la población hispana trasladada a los EE.UU. Tras su expulsión en 1492, los judíos españoles llevaron y mantuvieron su habla allí donde fueron, sobre todo en los Balcanes y en el norte de África. Su habla, aún viva, ha sido y sigue siendo después de cinco siglos elemento caracterizador de este grupo, tanto si ha convivido con cristianos como si ha pervivido entre musulmanes (Sala, 1996; Alvar, 1996b: 368-377). En cuanto a los hispanos de los EE.UU., constituyen la primera minoría étnica de la Unión: la población hispana se acerca a los 50 millones en un país de 250 millones de habitantes (Moncada y Olivas, 2003; Romero, 2004; Roca y Colombi, 2003). Naturalmente, esta situación ha dado lugar a infinidad de investigaciones sociolingüísticas

45. En 1996, G. Barrios publicó un estudio sobre las características lingüísticas de los inmigrantes italianos en Montevideo (Uruguay).